

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 28

MATERNIDAD

*“Porque Dios mandó diciendo:
Honra a tu padre
y a tu madre”.*

Mateo 15:4

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

28

Maternidad

Contenido

| | |
|---|----|
| La dignidad de la maternidad | 2 |
| <i>Jabez Burns (1805-1876)</i> | |
| La principal responsabilidad de una madre | 6 |
| <i>Thomas Boston (1676-1732)</i> | |
| Guardianas de los manantiales | 8 |
| <i>Peter Marshall (1902-1949)</i> | |
| Formar a los hijos bíblicamente 1 | 14 |
| <i>James Cameron (1809-1873)</i> | |
| Formar a los hijos bíblicamente 2 | 21 |
| <i>John Angell James (1785-1859)</i> | |
| El legado de una madre para su hijo que aún no ha nacido..... | 24 |
| <i>Elizabeth Joscelyn (1595?-1622)</i> | |
| Castigar con sabiduría y amor | 38 |
| <i>Richard Adams (c. 1626-1698)</i> | |
| Estímulo a las madres | 41 |
| <i>James Cameron (1809-1873)</i> | |
| Un llamado del Evangelio a las madres | 46 |
| <i>James Cameron (1809-1873)</i> | |
| Iglesia y maternidad..... | 49 |
| <i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i> | |

Publicado por Chapel Library

Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

La traducción en español copyright ©2018 Publicaciones Aquila,
North Bergen, NJ, EE.UU.; usado con permiso.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. **In Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

LA DIGNIDAD DE LA MATERNIDAD

Jabez Burns (1805-1876)

¡Madre! El nombre que toda mente virtuosa asocia con todo lo que es amable y encantador. ¡Madre! ¡El más tierno, entrañable y expresivo de todos los títulos humanos! Un título que emplean por igual, el príncipe real, el filósofo sabio y el campesino inculto —los salvajes y los civilizados de todas las naciones y a lo largo de todas las generaciones. Una relación fundada, compasivamente, en la constitución de nuestra naturaleza, sentida de forma universal e uniforme. ¿Y quién de entre todos los hijos de los hombres, excepto los que en su tierna infancia fueron privados del amor de sus angustiados padres, no ha experimentado con alegría la influencia inexpressable de su poder encantador y deleitoso? ¿Quién de entre los grandes y poderosos sobre la tierra no reconoce las incontables bendiciones de las que ha disfrutado por medio de esta tierna relación?

Su propia sabiduría infinita y su bondad ilimitada impulsaron al Creador todopoderoso a ordenar esta relación beneficiosa con todas sus dulces atracciones y sus felices ternuras. ¿No debe Él, pues, haberla hecho honorable, noble y digna? ¿Y debería su elevación e importancia olvidarse y descuidarse? Con toda seguridad exige de nosotros la consideración más inteligente y un reconocimiento sincero. ¿Pero qué mente ha poseído jamás una capacidad tan amplia y madura que pudiera abarcar plenamente la verdadera dignidad de una madre?

La mujer fue formada por el glorioso Creador como *ayuda idónea* para el hombre (Gn. 2:18; cf. 1 Ti. 2:12-14; 1 Co. 11:8-10). Por consiguiente, cualquier dignidad que se le atribuya como ser racional y representante en la tierra de su Hacedor es compartida por la compañera de su vida, su otro yo. La mujer es coparticipante por igual de todos los honores que pertenecen a la naturaleza humana. Sin embargo, la más alta dignidad de la mujer y sus mayores honores se encuentran en contribuir a la perfección del propósito divino de su Creador en su carácter particular de madre.

La dignidad de una madre, no obstante, aparecerá de manera imperfecta, a menos que se considere que aporta al mundo una descendencia racional, cuya existencia afectará a otros y continuará a lo largo de los siglos eternos. Adán, por sabiduría espiritual impartida por Dios, percibió esta incomparable excelencia cuando llamó “el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes” (Gn. 3:20).

La mujer debe ser contemplada como quien da a luz a aquellos cuyos

principios, caracteres y labores influirán, profunda y permanentemente, en las personas del círculo doméstico; esto lo sentirán grandes comunidades y, en algunos casos al menos, toda la población del mundo. Nuestro bendito Señor reconoce este punto de vista que una mujer expresa con respecto a él; habiendo visto sus obras poderosas y oído sus sabios discursos, ella exclamó: “Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste” (Lc. 11:27). Sobre este principio lógico, no podemos separar la grandeza que distingue a las personas loables de los tiempos antiguos y modernos, de los caracteres de sus favorecidas madres. Isaac Watts,¹ Philip Doddridge²... y muchos otros, han inmortalizado sus nombres por sus virtudes personales y por sus obras imperecederas para beneficiar a su país. Pero al contemplar y disfrutar del fruto de sus extraordinarios trabajos, no podemos dejar de reflexionar sobre la influencia de sus excelentes madres. No podemos abstenernos de darles la honra que se les debe por su noble esfuerzo en el desempeño de sus obligaciones maternas y darles bendiciones en público.

La inspiración divina ha sancionado directamente este principio en el caso de la Virgen María. Felicitada por su venerable pariente, Elisabet, madre por milagro del profeta precursor del Mesías y lleno del Espíritu Santo, Quien dirigió a María a esperar la futura grandeza de su misterioso Hijo, su mente iluminada y piadosa estalló en piadosa admiración ante el honor que se le atribuiría, por sus indecibles bendiciones a la humanidad. Ella expresó sus pensamientos elevados y dijo: “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva; pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones” (Lc. 1:46-48).

Las madres de nuestro tiempo, aunque no son dignificadas a la manera de la bendita Virgen ni tienen garantizado esperar un honor similar al que va unido a su nombre, pueden aún contemplar la influencia que sus hijos tendrán en la sociedad y su propia honra será asegurada y fomentada por su tarea de formar la mente de su pequeño en la fe cristiana³, la virtud y el amor a su país.

La inmortalidad, en especial, proporciona dignidad a sus súbditos; de esto surge, en un grado concebible, *la exaltada honra de una madre*. Por ordenación soberana del Todopoderoso, no sólo da a luz a un ser de existen-

¹ **Isaac Watts** (1674-1748) – Escritor de himnos y teólogo inglés; reconocido como el padre de la himnodia inglesa.

² **Philip Doddridge** (1702-1751) – Líder no conformista inglés, autor y escritor de himnos.

³ **Nota del editor** – La palabra original que el autor emplea aquí es *religión*. A la luz del uso amplio y muchas veces confuso de la palabra “*religión*” hoy en día, los términos “fe cristiana”, “cristianismo” y “fe en Cristo” y, a veces, “piedad”, “piadoso/a” o “piedad cristiana”, suelen reemplazar “religión” y “religioso” en muchos casos en esta publicación.

cia meramente momentánea y cuya vida perecerá como la de las bestias del campo, *isino a uno inmortal!* Por débil e indefenso que pueda parecer su lactante, posee en su regazo un alma racional, un poder intelectual, un espíritu que el tiempo que todo lo devora, no puede destruir —que no podrá morir *nunca*—, ¡pero que sobrevivirá a los esplendores del glorioso sol y del ardiente resplandor de todas las huestes celestiales materiales! A lo largo de los siglos infinitos de la eternidad, cuando todos estos hayan respondido al fin benéfico de su creación y hayan sido borrados de sus posiciones en las inmensas regiones del espacio, el alma del niño más humilde brillará y mejorará ante el trono eterno; será lleno de santo deleite y divino amor, y estará siempre activo en las alabanzas de su bendito Creador.

La semejanza al infinitamente glorioso Creador, constituye la principal dignidad de nuestra naturaleza. Y la madre inteligente y piadosa contempla a su prole infantil⁴ con gratitud de adoración a Dios, por poseer esa semejanza. Originalmente, “Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gn. 2:7). Por la misma voluntad omnipotente y misericordiosa, Dios le ha dado ser a las almas humanas por todas las generaciones como en la primera creación, pero a la madre se le honra como el medio de esta creación misteriosa en el caso de cada hijo. Y aunque la semejanza moral de su bendito Hacedor quede desfigurada por la caída de nuestros primeros padres, todavía en millares de casos, por medio de una instrucción temprana y las oraciones de la madre fiel, el niño es creado en Jesucristo en justicia y verdadera santidad (Ef. 2:10; 4:24).

¡Cuánta puede ser, pues, la grandeza, la dignidad y la honra de aquella que es el medio designado de tales poderes y bendiciones asombrosas! ¿No deben las madres sentir sus altas distinciones? ¿No deberían ser invitadas, con frecuencia, a contemplarlas? En esto, la seguridad, la prosperidad y la felicidad de nuestro país, y hasta el bienestar, la regeneración del mundo, están implicados. Por tanto, aquel que tenga más éxito en dirigir sus mentes a una opinión adecuada, racional y bíblica de ésta, que es la mayor de las relaciones terrenales, asegurará de forma más eficaz y también merecerá más dignamente, la gratitud y la estima de las madres dignificadas, felices y cristianas.

Tomado de *Mothers of the Great and Good* (Madres de los grandes y buenos), Solid Ground Christian Books, www.solid-ground-books.com.

Jabez Burns (1805-1876): Teólogo no conformista inglés y filósofo, nacido en Oldham, Lancashire, Inglaterra.

⁴ Ver Portavoz de la Gracia N° 19: *Bebés*, disponible en CHAPEL LIBRARY.

LA PRINCIPAL RESPONSABILIDAD DE UNA MADRE

Thomas Boston (1676-1732)

Si los progenitores no proveen para sus hijos, son peores que las bestias para sus pequeños. Si no les proporcionan una educación civil, son peores que los paganos. Sin embargo, si no añaden una educación en la fe cristiana, ¿qué hacen más que los paganos civilizados? Cuando Dios te da un hijo, afirma lo mismo que le dijo la hija de Faraón a la madre de Moisés: “Lleva a este niño y criámelo” (Éx. 2:9). Aunque no somos más que padres de su carne, debemos cuidar su alma, porque de otro modo los destruiremos.

Las *madres*¹ deberían instruir a sus hijos en los principios de la fe cristiana y sembrar las semillas de la piedad en sus corazones, tan pronto como sean capaces de hablar y tener uso de razón (Dt. 6:6-7). Una educación en la fe cristiana temprana es un bendito medio de gracia (1 R. 18:12; comparar con el versículo 3). Esto, no sólo es deber de los padres, quienes deberían enseñar a sus hijos (Pr. 4:3-4), sino de las madres; cuando los hijos son demasiado pequeños, ellas deberían ir dejando caer algo para beneficio de su alma. Salomón, no sólo tuvo la lección de su padre, sino la profecía que su madre le enseñó (Pr. 31:1; 1:8).

Deberían empeñarse para tal fin en la obra de familiarizarlos con las Escrituras y hacer que la lean (2 Ti. 3:15). Deberían dejar que la lectura de sus capítulos sea una parte de su tarea diaria y hacer que lean las Escrituras para que puedan estar familiarizados, tanto con los preceptos como con las historias de la Biblia. Deja que se sientan obligados a aprender su catecismo y también catequízalos tú misma, según tu capacidad. Y es que enseñar por medio de preguntas y respuestas es más fácil para ellos.

Si te hacen algunas preguntas respecto a estas cosas, no los desalientes; pero pon especial cuidado en responder a todas sus preguntas, por débilmente que puedan formularlas (Dt. 6:20-21). Se descubre con frecuencia que los niños tienen nociones muy deformadas de las cosas divinas; pero si fueran alentados como es debido a hablar, podrían airear sus pensamientos, y su *madre* tendría así la ocasión de rectificarlos.

Esfuézate en disuadirlos del pecado. El descuido de esto fue precisa-

¹ **Nota del editor** – Originalmente, este artículo se dirigía a los padres en general, a los padres y a las madres. Para enfatizar el rol de la madre, algunas veces, la palabra *padre* se ha reemplazado con la palabra *madre* en cursivas.

mente la transgresión de Elí y fue por ello por lo que Dios juzgó su casa (1 S. 3:13). Procura llenar sus corazones con un aborrecimiento total y terror hacia las prácticas pecaminosas. Ponle fin, con cuidado, a que mientan, digan palabrotas, maldigan y quebranten el Día de reposo. Si aprenden esto siendo pequeños, seguramente los acompañarán hasta que tengan canas...

Fomenta en ellos los deberes de santidad y la práctica de la fe cristiana. Incúlcales con frecuencia la doctrina de su estado pecaminoso y desdichado por naturaleza, y el remedio proporcionado en Cristo. Muéstrales la necesidad de la santidad y señálales a Cristo como la fuente de santificación. Elogia el cristianismo delante de ellos e insiste en el estudio de éste como la cosa principal que tienen que hacer en el mundo (Pr. 4:4).

Ora con ellos y enséñalos a orar. Por esta causa, no permitas que se descuide la adoración de Dios en tu familia²; pero, por amor a tus hijos, mantenla. No es de sorprender que los hijos que no han visto nunca a su *madre* doblar una rodilla para orar, no busquen a Dios. Ustedes deberían llevarlos a solas y orar con ellos y enseñarles a orar, presentando ante ellos, a menudo, las materias de la oración. Que aprendan el Padrenuestro y lo usen como forma hasta el momento en que puedan concebir una oración siguiendo esa guía. Y es que aunque no pensemos que el Señor nos ha limitado a esa forma... no conozco a nadie que afirme que no se pueda utilizar como oración o como modelo, aunque es más que evidente que pretende ser, principalmente, una guía para la oración (Mt. 6:9).

Corrígelos (Ef. 6:4). El término griego significa aquí *corrección e instrucción* como también la palabra *crianza*. Deben ir juntos porque la instrucción sin corrección difícilmente tendrá éxito. Las *madres* deben mantener a sus hijos en sujeción: Si pierden su autoridad sobre ellos, serán hijos de Belial, sin yugo, y su final será triste (Pr. 29:15). No sólo debes corregir mediante la reprensión, sino que cuando sea necesario también debes usar la vara (Pr. 19:18). Empieza temprano, tan pronto como ellos sean capaces de mejorar con ello; y deja que tu amor por ellos sea para ti un compromiso y que no te frene (Pr. 13:24). Si de verdad quieres mantenerlos fuera del infierno, corrígelos (Pr. 23:13-14).

Tomado de "An Illustration of the Doctrines of the Christian Religion, Part 2"
(Una ilustración de las doctrinas de la religión cristiana, Parte 2), en *The Whole Works of Thomas Boston* (Las obras completas de Thomas Boston), Tomo 2,
Tentmaker Publications, www.tentmakerpublications.com.

Thomas Boston (1676-1732): Ministro presbiteriano escocés y teólogo.

² Ver FGB 188, *Family Worship*, en inglés (La adoración familiar), disponible en CHAPEL LIBRARY.

GUARDIANAS DE LOS MANANTIALES

Peter Marshall (1902-1949)

Érase una vez, cierta ciudad que creció al pie de una cordillera. Se refugiaba al abrigo de las protectoras alturas, de tal modo que el viento que hacía estremecerse las puertas y arrojaba puñados de granizo contra los cristales de las ventanas, era un viento cuya furia quedaba amortizada. En lo alto, en las colinas, el extraño y tranquilo morador de un bosque se hizo cargo de ser el *Guardián de los manantiales*. Patrullaba los montes y, dondequiera que encontraba un manantial, limpiaba sus estanques marrones de sedimentos y hojas secas, de barro y moho y retiraba toda materia extraña para que el agua que borboteaba a través de la arena corriera limpia, fría y pura. Saltaba chispeante sobre las rocas y caía alegremente en cascadas de cristal hasta que, aumentados por otros arroyos, se convertía en un río de vida para la ocupada ciudad. Las ruedas de molino giraban por su fuerza. Sus aguas refrescaban los jardines. Los chorros de las fuentes salpicaban como diamantes en el aire. Los cisnes navegaban sobre su cristalina superficie y los niños reían jugando en sus orillas, bajo el resplandor del sol.

Pero el Gobierno Municipal estaba formado por un grupo de hombres de negocios tercos y endurecidos. Examinaron el presupuesto municipal y descubrieron en él el salario del *Guardián de los manantiales*. El tesorero preguntó: “¿Por qué deberíamos pagar a este pintoresco guardabosque? Nunca lo vemos; no es necesario en la vida laboral de nuestra ciudad. Si construimos un depósito justo por encima de la ciudad, podemos prescindir de sus servicios y ahorrarnos su salario”. Por consiguiente, el Gobierno Municipal votó para deshacerse del coste innecesario del *Guardián de los manantiales* y hacer un depósito de cemento.

De modo que el *Guardián de los manantiales* dejó de visitar los marrones estanques, pero observó desde las alturas mientras se construía el depósito. Una vez acabado, desde luego que no tardó en llenarse de agua; pero el agua no parecía la misma. No se veía tan limpia y una espuma verdosa pronto ensució la superficie estancada. Hubo constantes problemas con la delicada maquinaria de los molinos porque, con frecuencia se atascaba por el fango, y los cisnes encontraron otro hogar por encima de la ciudad. Al final, una epidemia se propagó con furia y los pegajosos y amarillentos dedos de la enfermedad alcanzaron cada hogar de cada calle y camino.

El Gobierno Municipal volvió a reunirse. Sus miembros, apenados, se enfrentaron a la difícil situación de la ciudad y, francamente, reconocieron

su error al haber despedido al *Guardián de los manantiales*. Lo buscaron y le hicieron salir de su choza de ermitaño, en lo alto de los montes, y le rogaron que regresara a su antigua y alegre labor. Aceptó encantado y empezó de nuevo a hacer sus rondas. El agua no tardó en volver a salir pura y cantarina, bajando por los túneles de helechos y musgos, y a centellear en el depósito limpio. Los molinos giraron de nuevo como antes. El hedor desapareció. La enfermedad disminuyó y los niños convalecientes que jugaban al sol volvieron a reír porque los cisnes habían regresado.

No me tomen por alguien fantasioso, demasiado imaginativo o demasiado extravagante en mi lenguaje, cuando digo que pienso en las mujeres y, en especial en nuestras madres, como *Guardianas de los manantiales*. Aunque poética, la frase es veraz y descriptiva. Sentimos su calidez, su influencia benéfica y, sin embargo, ¡qué olvidadizos hemos sido! Por mucho que hayamos dado por sentados los preciosos dones de la vida, somos conscientes de recuerdos nostálgicos que surgen del pasado: Las punzantes fragancias dulces y tiernas del amor. Nada de lo dicho ni de lo que se podría decir o de lo que se dirá jamás, sería lo bastante elocuente, expresivo o adecuado para articular esa emoción peculiar que sentimos por nuestras madres. Por tanto, convertiré mi tributo en una súplica a las *Guardianas de los manantiales* que desean ser fieles a sus tareas.

En ningún tiempo ha habido mayor necesidad de *Guardianas de los manantiales* ni ha habido tantos manantiales contaminados que limpiar. Si el hogar falla, el país está condenado. El fracaso de la vida y la influencia familiar marcará el de la nación. Si las *Guardianas de los manantiales* desertan de sus puestos o son infieles respecto a sus responsabilidades, la perspectiva futura de este país es, desde luego, muy negra. Esta generación necesita *Guardianas de los manantiales* que sean lo bastante valientes para limpiar los manantiales que han sido contaminados. No es tarea fácil; tampoco es una labor popular; pero debe hacerse por el bien de los hijos y las jóvenes mujeres de hoy deben llevarla a cabo.

La emancipación¹ de la condición de mujer empezó con el cristianismo y acaba con él. Tuvo su comienzo una noche de hace mil novecientos años, cuando una mujer llamada María tuvo una visión y recibió un mensaje del cielo (Lc 1:26-38). Vio las nubes hendidas de la gloria y las almenas ocultas del cielo. Escuchó el anuncio angelical de la noticia casi increíble: De todas las mujeres de la tierra —*de todas las Marías de la historia*— ella sería la única que llevaría por siempre entrelazada la rosa roja de la maternidad y la rosa blanca de la virginidad. Se le dijo... que sería la madre del Salvador del mundo.

¹ **Emancipación** – Ser hecho libre de las restricciones sociales; liberación.

Fue hace mil novecientos años “cuando Jesús mismo, un bebé, se dignó existir y bañó en lágrimas infantiles su divinidad” y, aquella noche, cuando aquel diminuto Niño yacía en la paja de Belén, empezó la emancipación de la mujer. Cuando creció y empezó a enseñar el camino de la vida, condujo a la mujer a un nuevo lugar en las relaciones humanas. Le concedió una nueva dignidad y la coronó de nueva gloria para que, dondequiera que haya llegado el evangelio cristiano durante diecinueve siglos, las hijas de María hayan sido respetadas, reverenciadas, recordadas y amadas; y es que los hombres han reconocido que ser mujer es algo sagrado y noble, que las mujeres son de un barro más fino... Así, quedó para el siglo veinte, en nombre del progreso, de la tolerancia, de la amplitud de mente, de la libertad, derribarla de su trono e intentar hacerla igual al hombre. Ella quería igualdad... y así es que, en nombre de una tolerancia de mentalidad abierta, los vicios del hombre se han convertido ahora en los de la mujer.

La tolerancia del siglo veinte ha ganado para la mujer el derecho a estar intoxicada, a que su aliento huela a alcohol, a fumar, a trabajar [fuera de casa] y actuar como un hombre; ¿acaso no es igual a él? Hoy lo llaman “progreso”..., pero mañana, oh vosotras las *Guardianas de los manantiales*, es necesario hacerles ver que esto no es progreso. Ninguna nación ha progresado jamás en dirección descendente. Ningún pueblo ha llegado jamás a ser grande, bajando sus valores. Ningún pueblo se volvió bueno adoptando una moralidad más suelta. No es progreso cuando el tono moral es más bajo de lo que era. No es progreso cuando la pureza no es tan dulce. No es progreso cuando la feminidad ha perdido su fragancia. Sea lo que sea, ¡no es progreso!

Necesitamos *Guardianas de los manantiales* que se den cuenta de *que, lo que es socialmente correcto, puede no serlo moralmente...* Esta generación ha visto emerger todo un nuevo tipo de feminidad de entre la desconcertante confusión de nuestro tiempo. Hoy, en los Estados Unidos tenemos un nivel más alto de vida que en cualquier otro país o cualquier otro tiempo de la historia mundial. Tenemos más automóviles, más películas de cine, más teléfonos, más dinero, más orquestas de swing, más radios, más televisores, más clubs nocturnos, más crímenes y más divorcios que cualquier otra nación del mundo. Las madres modernas quieren que sus hijos disfruten de las ventajas de este nuevo día. Quieren, si es posible, que tengan un diploma universitario que colgar en la pared de su dormitorio y lo que muchas de ellas consideran igualmente importante, la oferta para ingresar en una fraternidad o una hermandad de mujeres. Están desesperadamente angustiadas porque sus hijas sean populares, aunque el precio no se llegue a considerar hasta que no sea demasiado tarde. En resumen, quieren que sus hijos tengan éxito, pero la definición habitual del éxito es ampliamente materialista en consonancia con la corriente de nuestro tiempo.

El resultado de todo esto es que el hijo moderno se cría en un hogar decente, culto, cómodo, pero por completo alejado de Dios y la fe. A nuestro alrededor, viviendo a la sombra misma de nuestras grandes iglesias y hermosas catedrales, los niños crecen sin una partícula de formación o influencia cristiana. Por lo general, los padres de hijos así, han abandonado del todo la búsqueda de fundamentos en la fe. En un principio, es probable que tuvieran algún tipo de idealismo impreciso respecto a lo que deberían aprender sus hijos. Recuerdan algo de la instrucción doctrinal recibida cuando eran niños y sienten que algo así debería transmitirse a los hijos hoy; sin embargo, no pueden hacerlo porque la simple verdad es que no tienen nada que dar. Nuestra moderna amplitud mental ha sacado la educación en la fe cristiana de los días escolares. Nuestra forma moderna de vivir y nuestro moderno alejamiento de Dios y la fe la han sacado de los hogares.

Al pensar en tu propia madre, recordándola con amor y gratitud, con deseoso o único anhelo, estoy bastante seguro de que los recuerdos que calientan y ablandan tu corazón no son, en absoluto, como aquellos recuerdos que tendrán los hijos de hoy... Y es que, sin duda, recuerdas el olor del almidón fresco en el delantal de tu madre o el aroma de una blusa recién planchada, del pan recién horneado, la fragancia de las violetas que ella llevaba prendidas en su pecho. ¡Sería una gran pena que lo único que uno pudiera recordar fuera el aroma del tabaco tostado, de la nicotina y el olor de la cerveza en el aliento!

El desafío de la maternidad de los tiempos modernos es tan viejo como la maternidad misma. Aunque la madre estadounidense promedio tiene ventajas que las mujeres pioneras nunca conocieron; ventajas materiales: Educación, cultura, avances de la ciencia y la medicina; aunque la madre moderna sabe mucho más sobre esterilización, dietas, salud, calorías, gérmenes, drogas, medicamentos y vitaminas de lo que sabía su madre, existe un tema sobre el que no tiene un conocimiento tan extenso y se trata de Dios.

El reto moderno para la maternidad es el desafío eterno: *El de ser una madre piadosa*. La frase misma suena extraña a nuestros oídos. Ahora no la oímos nunca. Escuchamos hablar de una clase u otra de mujeres: Hermosas, listas, sofisticadas, profesionales, de talento, divorciadas, pero rara vez oímos hablar en realidad de una mujer *piadosa*² o de un hombre piadoso³.

Creo que las mujeres se acercan más a cumplir la función que Dios les asignó en el hogar que en ningún otro sitio (Tit 2:3-5: 1 Ti 5:14; Pr 7:10-

² Ver Portavoz de la Gracia N°24: *Feminidad virtuosa*, disponible en CHAPEL LIBRARY.

³ Ver Portavoz de la Gracia N°13: *Hombres Piadosos*, disponible en CHAPEL LIBRARY.

11). Es mucho más noble ser una buena esposa que ser Miss América. Es mayor logro establecer un hogar cristiano que producir una novela mediocre llena de obscenidades... El mundo tiene bastantes mujeres que saben cómo celebrar sus cócteles, que han perdido todas sus ilusiones y su fe. El mundo tiene suficientes mujeres que saben cómo ser brillantes. Necesita a algunas que sean valientes. El mundo tiene bastantes mujeres populares. Necesita más que sean *puras*. Necesitamos mujeres y hombres también, que prefieran ser bíblicamente rectos y no socialmente correctos.

No nos engañemos; sin cristianismo, sin educación cristiana, sin los principios de Cristo inculcados en la joven vida, *estaremos criando*⁴ *a meros paganos*. Tendrán un físico perfecto, serán brillantes en lo intelectual, pero serán espiritualmente paganos. No nos engañemos. La escuela no está intentando enseñar los principios de Cristo. La Iglesia sola no puede. No se le pueden enseñar a un niño, a menos que *la madre*⁵ *misma los conozca y los practique todos los días*. Si no tienes vida de oración tú misma, es un gesto bastante inútil que obligues a tu hijo a decir sus oraciones cada noche. Si tú nunca entras a la iglesia, es más bien fútil que los envíes [allí]. Si has convertido las mentiras sociales en una práctica, te resultará difícil enseñarle a tu hijo a ser veraz. Si dices cosas mordaces sobre tus vecinos y sobre otros miembros de la Iglesia, te será complicado enseñarle a tu hijo el significado de la amabilidad...

Cuenta un ministro que fue al hospital a visitar a una madre que acababa de dar a luz a su primer hijo. Era una chica distintivamente moderna. Su hogar era como el de la mayoría de las jóvenes parejas casadas. “Cuando entré en la habitación, estaba incorporada en la cama, escribiendo. ‘Adelante’, dijo sonriendo. ‘Estoy en mitad de la limpieza de la casa y quiero su ayuda’. Yo no había oído nunca hablar de una mujer que limpiara la casa estando en una cama de hospital. Su sonrisa era contagiosa; parecía haber descubierto una nueva y divertida idea. ‘He tenido una maravillosa oportunidad de pensar aquí —empezó a decir— y me puede ayudar a poner en orden las cosas en mi mente, si puedo hablar con usted’. Soltó el lápiz y el bloc de notas, y cruzó las manos. A continuación, respiró profundamente y comenzó: ‘Desde que era una niña pequeña odiaba cualquier tipo de restricción. Siempre quise ser libre. Cuando acabé la escuela secundaria, tomé un curso de negocios y encontré trabajo, no porque necesitara el dinero, sino porque quería estar por mi cuenta. Antes de que Joe y yo nos casáramos, solíamos decir que no seríamos esclavos el uno del otro. Y después de casarnos, nuestro apartamento se convirtió en el cuartel ge-

⁴ Ver Portavoz de la Gracia N°1: *Formación bíblica de los hijos en el hogar* y Portavoz de la Gracia N°6: *Los deberes de los hijos y las hijas*, disponibles en CHAPEL LIBRARY.

⁵ Ver FGB 188, *Family Worship*, en inglés (La adoración familiar) y FGB 228, *Fatherhood* (La paternidad), disponibles en CHAPEL LIBRARY.

neral para una multitud de personas exactamente iguales a nosotros. En realidad, no éramos malos, pero hacíamos lo que queríamos'. Se detuvo por un minuto y sonrió tristemente. 'Dios no significaba gran cosa para nosotros; le ignorábamos. Ninguno de nosotros quería tener hijos o, al menos, pensábamos que no los queríamos. Y cuando supe que iba a tener un bebé, me asusté'. Hizo una nueva pausa y pareció desconcertada. '¿No es divertido lo que se suele pensar?'. Casi había olvidado que yo estaba allí; hablaba de la antigua chica que había sido antes de su gran aventura. Entonces, recordándome de repente, prosiguió: '¿Por dónde iba? Oh sí, bueno, las cosas son distintas ahora. Ya no soy libre ni quiero serlo. Y lo primero que debo hacer es limpiar la casa'. En ese momento, retomó la hoja de papel que estaba sobre la colcha. 'Esta es mi lista de limpieza de la casa. Ve, cuando lleve a Betty a casa, al salir del hospital, nuestro apartamento será *su* hogar y no solo el mío y de Joe. Y ahora mismo no es adecuado para ella. Algunas cosas tendrán que salir de allí, por el bien de Betty. Y tengo que hacer una limpieza de mi corazón y de mi mente. No soy tan solo yo misma: Soy la madre de Betty. Y eso significa que necesito a Dios. No puedo hacer mi trabajo sin Él. ¿Oraría usted por Betty, por mí y por Joe, y por nuestro nuevo hogar?'

“Y vi en ella a todas las madres de hoy, madres en diminutos apartamentos y en granjas solitarias. Madres en grandes casas y en viviendas campestres suburbanas, que se están encontrando con el desafío antiguo: El de criar a sus hijos en el amor y el conocimiento de Dios. Y me pareció ver a nuestro Salvador con los brazos llenos de niños, en la remota Judea, dirigiéndole a esa madre, y a todas las madres, la vieja invitación tan necesaria en estos tiempos: ‘Dejad a los niños venir a mí y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios’ (Mr. 10:14)”.

Tomado de *Keepers of the Springs*, disponible para todo el público en Internet.

Peter Marshall (1902-1949): Predicador presbiteriano escocés-americano; dos veces nombrado capellán del Senado de los Estados Unidos; nacido en Coatbridge, Escocia.



FORMAR A LOS HIJOS BÍBLICAMENTE 1

James Cameron (1809-1873)

“Instruye al niño en su camino”. —Proverbios 22:6

Estas son las palabras de un hombre sabio que habló siendo inspirado por el Espíritu Santo (2 P. 1:21). Por tanto, no se deben considerar como la amonestación de otra criatura igual a nosotros, sino como el mandamiento autoritativo del Dios del cielo, el Gobernador del universo. ¡Madre cristiana! Este mandamiento va dirigido a ti... Permíteme hablarte ahora en lo que respecta a tu deber:

Si has de instruir a tus hijos en el camino por el que deberían andar, es necesario que *cultives una sensación profunda y constante de tu propia insuficiencia*. Estoy convencido de que no es necesario que diga nada para convencerte de esto. Si has reflexionado seriamente en la *magnitud* de tu responsabilidad, entonces estarás dispuesta a preguntar: “Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?” (2 Co. 2:16). Tu tarea consiste en instruir a seres inmortales para Dios, el mismo trabajo, en esencia, para el cual ha sido instituido el ministerio cristiano. Respecto a esta tarea, hasta el Apóstol a los gentiles afirmó: “No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos...” (2 Co. 3:5). La madre es partícipe de la misma naturaleza pecaminosa de aquellos a quienes tiene que instruir, está envuelta en toda la debilidad de la humanidad caída y sujeta a todas sus tentaciones. Tiene que lidiar contra sus propias propensiones pecaminosas, velar por su propio espíritu, luchar contra su propia rebeldía y, en medio de todo esto, debe presentar delante de sus hijos tal ejemplo de paciencia, tolerancia y vida santa, que sea un comentario veraz y fiel sobre las verdades sagradas que le enseña. Si en algún momento sientes que eres autosuficiente, puedes tener por seguro que tu esfuerzo será en vano: “Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes” (Stg. 4:6).

¿Pero por qué te insto a considerar tu insuficiencia? ¿Para hundirte en la desesperación, quizás? No, en modo alguno; sería una tarea inútil a la vez que triste. Es para inducirte a apoyarte en el Dios de toda sabiduría y fuerza, sin ninguna esperanza de lograr el resultado deseado mediante tu propia sabiduría o fuerza porque escrito está: “Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará” (Sal. 55:22) y “Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; cami-

narán, y no se fatigarán” (Is. 40:29-31). No puedes tener aptitud *para* tu tarea ni éxito *en* ella, sino la que procede de Dios. No puedes esperar que Él conceda dicha capacidad y este éxito, a menos que acudas sólo a Él en busca de ellos. Sin embargo, tal es la falta de disposición natural del corazón humano para recurrir a Dios y confiar sólo en Él que hasta que no somos expulsados de cualquier otro refugio y privados de cualquier otro apoyo, no nos aferraremos a Él con la sencilla dependencia de un niño, aquella que tienen las personas que han aprendido de verdad que no hay otro Dios aparte de Jehová; que todo poder, toda sabiduría y todas las bendiciones vienen de Él; que sin Él, todo esfuerzo debe ser en vano y toda empresa un fracaso. La doctrina de la absoluta incapacidad y la impotencia moral del hombre caído es una de las lecciones más importantes que se nos puede enseñar. Por desgracia, es una de las lecciones más difíciles para la naturaleza orgullosa del ser humano. El Espíritu de Dios la puede impartir y benditos los que, siendo enseñados por el Espíritu divino, ven su completa impotencia y aprenden al mismo tiempo que tienen un Dios al que acudir, que puede proveerles en abundancia todo lo que necesitan.

De nuevo, repito, cultiva el sentido de tu insuficiencia para la gran obra a la que Dios te ha llamado y deja que esté tan estrechamente entrelazado en la textura misma de tu mente —deja que impregne tan a fondo la totalidad de tus hábitos de pensamiento y sentimiento— de modo que te mantengas en las profundidades más bajas de la desconfianza en ti misma, sintiendo que tu sola seguridad está en aferrarte, como en la agonía de la muerte, a la declaración que sustenta el alma: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Co. 12:9). Sólo cuando se combinan la profunda sensación de insuficiencia y una firme confianza en Dios tendrás todas las probabilidades de lograr el éxito en tu ardua tarea. El sentido de tu insuficiencia te hará precavida, tierna, vigilante y devota en la oración; y tu confianza en Dios dará aliento a tu alma y te fortalecerá para enfrentar las dificultades con las que tienes que encontrarte.

Si quieres instruir a tus hijos en el camino que deberían seguir, es necesario que *cultives con diligencia tu propia mente, impregnándola de sanos principios y haciendo acopio de un conocimiento útil*. Podríamos afirmar que esto es algo que deberías haber hecho antes de ocupar la posición que hoy tienes y esto es verdad. Sin embargo, creemos que casi todos los que son capaces de formarse un juicio sobre el tema reconocerán que, por lo general, no se hace antes y que, en nueve de cada diez casos quizás, de esos en los que la mente ha sido capacitada para el desempeño eficaz de los deberes de madre, su cultivo se ha producido principalmente, por no decir por completo, en un periodo posterior al que se le asigna a la llamada *educación*.

La educación que las mujeres suelen recibir, en general, durante la ju-

ventud es poco adecuada para permitirles “moldear la masa de la mente humana” de la forma correcta. La educación propiamente dicha es la formación del intelecto, la conciencia y los afectos. ¿Pero es ésta una descripción de la educación femenina, tal como es en realidad, aun con todas las alardeadas mejoras de los tiempos modernos? ¿Es esa educación en cualquier grado prominente, la educación de la mente o del corazón... *en cualquier forma*? Lamentablemente, con demasiada frecuencia es el cultivo tan solo de las *maneras*. Lo útil se sacrifica por lo decorativo. El ataúd se embellece con toda clase de oropeles que pueden atraer la admiración de quien lo contempla, mientras que la joya inestimable que contiene se descuida en comparación. Que no se suponga que subvaloramos los logros. Creemos que son altamente valiosos, mucho más de lo que quienes los persiguen con avidez, parecen ser conscientes... Y desde luego se compran muy caras cuando absorben el tiempo y la atención de tal forma que dejan poca o ninguna oportunidad *para cultivar la mente misma*.

Resulta preocupante pensar que, aunque tanto depende de la formación de la mente femenina, se haga tan poca provisión para que esa instrucción sea eficaz. Napoleón¹ le preguntó en una ocasión a Madame Campan² qué era lo que más necesitaba la nación francesa para que sus jóvenes pudieran ser educados de forma adecuada. La respuesta de ella consistió en una sola palabra: “¡Madres!”. Y fue una respuesta sabia. No sólo la nación francesa, *el mundo* necesita madres —madres cristianas, inteligentes, bien formadas, a quienes se les pueda confiar de forma segura el destino de la nueva generación.

Un distinguido filósofo observó que itodo el mundo es alumno y discípulo de la influencia femenina! ¡Qué importante es, pues, que las mujeres estén capacitadas para su tarea! ¿Y es la educación que suelen recibir, en general, en su juventud, la más adecuada para desempeñar dicho cometido? Nadie que esté familiarizado con el tema, respondería de forma afirmativa. El fin deseado parece ser más bien que estén cualificadas para asegurarse la admiración y el aplauso, que para moldear las mentes y formar el carácter de aquellos que serán los futuros defensores de la fe: Los ministros del evangelio, los filósofos, los legisladores de la siguiente generación. Creo que no puedo hacer nada mejor que presentarles las observaciones de alguien de su propio sexo sobre este asunto —alguien que merece ser oída con atención—, me refiero a la autora de *Woman's Mission*:³

¹ **Napoleón Bonaparte** (1769-1820) – General francés que se convirtió en el emperador de Francia.

² **Madame Jeanne Louise Henriette Genet Campan** (1752-1822) – Maestra francesa y una de las damas de María Antonieta.

³ Sarah Lewis, *Woman's Mission* (La misión de la mujer), (Londres: John W. Parker, West Strand; 1839).

“¿Cuál es, pues, el verdadero objeto de la educación femenina? La mejor respuesta a esta pregunta es una declaración de futuros deberes y es que no se debe olvidar nunca que, si la educación no es la formación para estos, no es nada. El destino corriente de la mujer es casarse. ¿La ha preparado alguna de estas educaciones para hacer una elección sabia en el matrimonio? ¿Para ser madre? ¿Se le han señalado los deberes de la maternidad, *la naturaleza de la influencia moral*? ¿Ha sido alguna vez informada de forma adecuada sobre la indecible importancia del carácter personal *como la fuente de influencia*? En una palabra, ¿la han preparado algunos medios, de forma directa o indirecta, para sus deberes? ¡No! Pero domina varios idiomas, es pianista, elegante, admirada. ¿De qué sirve *esto* para el propósito?... El momento en el que las jóvenes entran en la vida es el punto al que tienden todos los planes de educación y en el que todo termina; *y el objeto de su formación es prepararlas para ello*. ¿Acaso no es cruel acumular toda una reserva de desdicha futura mediante una educación que tan solo tiene un único tramo de tiempo en vista, uno muy breve y el menos importante y más irresponsable de toda su vida? ¿Quién que tuviera el poder de elegir se decantaría por comprar *la admiración del mundo durante unos cortos años* con la felicidad de toda una vida?...”.⁴

Tengo un doble objetivo en vista al dirigir tu atención de forma tan destacada sobre este punto: Que puedas aplicar estos sentimientos a la educación de tus *hijas* y que puedas sentir la necesidad, cualquiera que haya podido ser la naturaleza y la extensión de tu propia educación previa, de continuar con diligencia educándote a ti misma y añadiendo a tus recursos. Descubrirás que hay necesidad de todo porque se te ha encomendado una gran obra. En especial, deja que las verdades sagradas de la Palabra de Dios sean el tema de tu constante estudio. No te conformes con un conocimiento superficial de las cosas extraordinarias de la Ley de Dios, sino procura conocerlas en toda su profundidad y plenitud, averiguando su pertinencia e interés, así como sus relaciones, analizando sus armonías y proporciones para que, de este modo, al morar la Palabra de Cristo en ti en abundancia y en toda sabiduría (Col. 3:16), puedas estar “enteramente [preparada] para toda buena obra” (2 Ti. 3:17)... Sin embargo, aunque la Palabra de Dios debe ser tu *principal* estudio, cuídate de suponer que debe ser el *único*. Toda verdad procede *de* Dios y puede ser sometida a la gran obra de instruir a los hijos *para* Dios...

En toda tu conducta, manifiesta la coherencia más constante.. Incluso a una edad muy temprana, los hijos tienen ojos de lince para observar las incoherencias de un progenitor. Y la más ligera de las incoherencias, aunque se manifieste tan solo en una palabra o una mirada, reduce tu influencia

⁴ Sarah Lewis, *Woman's Mission* (La misión de la mujer), 66-68.

sobre ellos hasta un nivel inconcebible. Cuando un hijo aprende a desconfiar de su madre, todas sus advertencias, amonestaciones y protestas —por serias e incansables que sean— quedan sin fuerza. Tememos que ésta es la principal razón por la que vemos con frecuencia cómo los hijos de padres piadosos crecen sin arrepentimiento. El ejemplo de sus padres no ha sido uniformemente coherente con sus instrucciones y, por tanto, estas han sido inútiles... ¡Madre! Vigila tu conducta. Tus hijos están observando. Cada expresión de tu rostro, cada palabra que pronuncias, cada acto que te ven realizar pasa por su escáner y su escrutinio. Si perciben que actúas de forma incoherente, en su corazón te menospreciarán. Y no se puede engañar mucho tiempo a un niño respecto al carácter; la única forma segura de parecer coherente es serlo.

Sé firme e inflexible en el ejercicio de tu autoridad, exigiendo en toda ocasión una obediencia implícita y sumisa. La sumisión implícita a la autoridad de Dios es *fundamental* en el cristianismo verdadero. Y Dios te ha dado la autoridad absoluta sobre tu hijo, de manera que al ir habituándose al ejercicio de la sumisión implícita⁵ a tu voluntad, pueda entrenarse en someterse de forma implícita a la de Dios. Hasta que tu hijo sea capaz de juzgar, en cierta medida, por sí mismo, tú estás para él en el lugar de Dios y si permites que tu voluntad sea discutida —si das un paso atrás en el ejercicio de la autoridad absoluta e intransigente— estarás formando a tu hijo para que sea rebelde contra Dios. La indulgencia de una madre establece el fundamento para la desobediencia y la insubordinación hacia Dios y esto, a menos que la gracia divina lo impida en los años futuros, redundará en la perdición eterna del niño... Que no se diga que el principio que inculcamos es severo. No lo es. La autoridad más inflexible debe mezclarse con *el amor más inagotable*. Y ambos deberían estar siempre armonizados. Estos son los dos grandes principios del gobierno de Dios y el gobierno de tu familia debería parecerse al de Él. El incansable ejercicio del amor impedirá que tu autoridad degenere en dureza; el ejercicio inflexible de la autoridad evitará que tu amor decaiga y se convierta en necia indulgencia.

Si quieres instruir a tus hijos en el camino por el que deberían andar, debes frenar y dominar sus propensiones caprichosas No olvides nunca que poseen una naturaleza depravada, propensa a todo mal, reacio a todo lo bueno. Cuidado, por tanto, con permitirles hacer las cosas a su manera. Éste es el camino que conduce a la muerte (Pr. 14:12; 16:25). Acostúmbrales en ocasiones a someterse a las restricciones. Sujétalos con una disciplina saludable y haz esto de tal manera que les demuestre, incluso a ellos, que no lo haces para gratificar tus pasiones, sino para provecho de ellos. El hijo al que se deja hacer las cosas a su manera acarreará perdición sobre sí mismo

⁵ **Sumisión implícita** – Someterse sin protestar.

y tristeza, y deshonra a sus padres. Recuerda el caso de Adonías: “Y su padre nunca le había entristecido en todos sus días con decirle: ¿Por qué haces así?” (1 R. 1:6). En otras palabras, era un hijo mimado. ¿Y cuáles fueron las consecuencias? Cuando su padre se encontraba en su lecho de muerte, él lo importunaba con sus traicioneras maquinaciones;⁶ con el fin de asegurar la paz del reino, su propio hermano se vio obligado a emitir la orden de que le dieran muerte.

Si quieres instruir a tus hijos en el camino por el que deben andar, tienes que aplicar toda su formación, directa o indirectamente, a su bienestar espiritual y eterno. Con esto no pretendo decir que deberías estar hablándoles siempre sobre la fe cristiana porque existen cosas como formar en la mente de un niño la asociación permanente entre la verdad piadosa y el sentimiento de agotamiento o indignación. Contra este mal, los padres deberían permanecer especialmente vigilantes. Lo que quiero decir es que debes tener siempre en cuenta los intereses eternos de tus hijos. No los estás instruyendo tan solo para los pocos años fugaces de trabajo en la vida presente: Es para el servicio y disfrute eternos de Dios. ¡Oh cuán noble tarea se te ha encomendado! Contémtala a la luz de la eternidad y sentirás que es la más solemne, el empleo más glorioso en el que puede implicarse un ser inmortal. Pensar que es para la eternidad te sostendrá en medio de toda dificultad y te animará en tu noble profesión. ¡Sí, es una noble profesión! Y es que cuando toda la honra, la pompa y el deslumbramiento de las búsquedas meramente temporales hayan desaparecido, los efectos de tu obra permanecerán y los siglos incesantes recogerán el triunfo de tu fe, tu fortaleza y tu paciencia... Instruyes a tus hijos para la eternidad. ¿No deberías, pues, ejercer un cuidado y una vigilancia incesantes?

Con toda seguridad apenas es necesario que yo añada, como última observación, que si quieres instruir a tus hijos en el camino por el que deberían andar, *deberás abundar en la oración, en la oración ferviente⁷, de lucha y de fe*. Sin esto, no puedes hacer nada como deberías. Grandes y arduos son tus deberes y grande es la preparación que necesitas para desempeñarlos. Necesitas sabiduría; necesitas firmeza; necesitas decisión; necesitas paciencia; necesitas dominio propio; necesitas perseverancia y ¿dónde puedes ir a buscar todo esto, sino al trono de misericordia de Aquel que “da a todos abundantemente y sin reproche” (Stg. 1:5)? “Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces” (Stg. 1:17). La oración continua te preparará para tus deberes y hará que te resulten agradables. Mediante la oración, te aferrarás a la fuerza de Dios y podrás decir con el Apóstol: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil

⁶ **Traicioneras maquinaciones** – Planes de traición que eran secretos y complejos.

⁷ Ver FGB 221, *Vital Prayer*, en inglés (Oración vital), disponible en CHAPEL LIBRARY.

4:13).

Concluyo estas observaciones recordándote una vez más la magnitud de tu responsabilidad. A las madres (bajo Dios) se les ha encomendado el destino de la generación siguiente y, por medio de ellas, el de las generaciones posteriores. El mundo las mira; la Iglesia de Dios las contempla; los espíritus de los santos que ya partieron las miran; las huestes angelicales y Dios mismo también, como aquellas cuya influencia pesa para siempre en los millares que aún no han nacido. Deja que el sentido de la importancia de tu alto llamado te anime a correr con paciencia la carrera que tienes por delante y cuando la hayas acabado y seas llamada a rendir tus cuentas, sentirás la indecible felicidad de ser bien recibida en las esferas de gloria y oirás la voz aprobadora de tu Dios Salvador: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mt. 25:21). Y con todos tus seres amados en torno a ti, estarás en el monte de Sion cuando la tierra y los mares hayan huido, y con un corazón desbordante de gratitud, echarás tu corona a los pies de Jesús, exclamando: “No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria” (Sal. 115:1).

Tomado de *Three Lectures to Christian Mothers* (Tres discursos para las madres cristianas), en dominio público.

James Cameron (1809-1873): Ministro congregacional escocés; nacido en Gourock, Firth de Clyde, Escocia.



La madre que sigue presente cuando sus hijos son pequeños debería ser muy diligente a la hora de enseñarles las cosas buenas y recordárselas. Cuando los padres están fuera, las madres tienen oportunidades más frecuentes para enseñarlos, hablarles de lo que es más necesario y cuidarlos. ¡Éste es el mayor servicio que la mayoría de las mujeres pueden hacer para Dios en el mundo! Muchas iglesias que han sido bendecidas con un buen ministro pueden dar gracias a la piadosa educación de las madres. Y muchos miles de almas en el cielo pueden agradecer el santo cuidado y la diligencia de las madres como primer medio efectivo. De este modo (mediante la buena educación de sus hijos), las buenas mujeres son, por lo general, grandes bendiciones, tanto para la Iglesia como para el estado. —*Richard Baxter*

La mujer es la madre de todos los seres humanos. Lleva en su seno a los seres humanos, les da a luz a este mundo, los alimentan con leche y cuida de ellos bañándolos y realizando otros servicios. ¿Qué sería de reyes, príncipes, profetas y todos los santos de no haber existido Eva? Y es que Dios no hace a los seres humanos a partir de piedras, sino de un hombre y una mujer. — *Martin Lutero*

FORMAR A LOS HIJOS BÍBLICAMENTE 2

John Angell James (1785-1859)

Una de las mayores equivocaciones en las que caen las madres es suponer que los dos o tres primeros años de la vida del niño no son importantes en lo que respecta a su instrucción. La verdad es que, en la formación del carácter, son los más trascendentales de todos. Se ha dicho, y con acierto, que de las impresiones que quedan grabadas, los principios implantados y los hábitos que se forman durante esos años, podría resultar el carácter del niño para toda la eternidad.

Es perfectamente evidente que, antes de poder hablar, el niño admite¹ una formación moral. La mujer juiciosa podría hacer que la conciencia o el sentido moral, se desarrollaran poco después, si no antes, de que el niño haya cumplido su primer año. A tan temprana edad logrará distinguir entre lo que su madre considera correcto o incorrecto, entre aquello que le complacerá o lo que le desagradará. Que nadie se extrañe, aun las bestias actúan así; y si se les puede enseñar a hacerlo, ¿no aprenderán los niños muy pequeños? Se reconoce que hay más razón en muchas bestias que en los niños pequeños. Sin embargo, incluso los animales muy pequeños pueden ser entrenados para saber lo que pueden y lo que no pueden hacer; y los niños pequeños también. Con frecuencia oigo decir a algunas madres que sus hijos son demasiado pequeños para enseñarles a obedecer. La madre que actúa sobre esta máxima —que se puede dejar que los niños hagan lo que quieran durante un cierto número de meses o incluso años—, descubrirá a sus expensas que, al menos esa lección, no la olvidarán pronto. La instrucción moral puede y debe preceder a la intelectual. Cultivar los afectos y la conciencia debería ser el principio y el fundamento de la educación, y facilitará el éxito de cualquier esfuerzo, ya sea del niño o de aquellos que lo forman o lo instruyen.

En algunas mujeres existe cierta timidez y desconfianza en su propia capacidad que paralizan o impiden los esfuerzos que pudieran hacer, si creyeran en su propio poder. Toda mujer de buen y sencillo entender puede hacer más de lo que imagina en la formación del carácter de sus hijos. Aquello en lo que sea deficiente, que lo supla mediante la lectura y no hay madre, por cualificada que esté, que debería ignorar esto. Todos pueden aprender algo de otros. ¡Madres temerosas, tímidas y angustiadas, no tengan miedo! La oración aportará la ayuda y la bendición de Dios.

¹ **admite** – Es capaz de recibir.

La indulgencia imprudente es el peligro más común (y también el más perjudicial) en el que una joven madre puede caer. Sé bondadosa; deberías serlo. Una madre poco amorosa, de corazón duro, es una doble difamación sobre su sexo y su relación. El amor es su poder, su instrumento y... no puede hacer nada —*menos que nada*— sin él. Pero su amor debe ser como el del Padre divino que dijo: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo” (Ap. 3:19). ¿Puedes decirle “no” a un niño cuando, con sonrisas persuasivas, voz suplicante u ojos llorosos, te pide lo que no es bueno que reciba? ¿Puedes quitarle aquello que, probablemente, será perjudicial para él, pero a lo que le resultará doloroso renunciar? ¿Puedes corregir sus faltas cuando tu corazón se erige en oposición a tu juicio? ¿Puedes apartarle de tus brazos en un momento adecuado para ello, cuando se aferra a tu cuello y llora para permanecer allí? ¿Puedes exigir obediencia en aquello que para él es una orden difícil y para ti necesaria? ¿Puedes permanecer firme ante sus lágrimas, resuelta en tu propósito, inflexible en tu exigencia y vencer primero a tu propio corazón que se te resiste con tenacidad, para poder someter el suyo? ¿O te permites ser dominada para poner fin a la disputa y, suavizando sus sufrimientos, fomentas el genio que debería ser erradicado cueste lo que cueste? Aquella que no puede responder a todo esto de manera afirmativa no está preparada para ser madre. En una familia debe haber disciplina. Hay que obedecer a los padres. Renuncia a esto y formarás a tus hijos para mal y no para bien. De nuevo advierto, *empieza pronto*. Coloca el yugo ligero y fácil con rapidez... Tanto la especie humana como los animales crecen y superan el poder de la disciplina...

¿Es necesario que te diga que todo lo que hagas para formar a tus hijos en el camino por el que deberían andar tendrá un efecto directo o indirecto en su bienestar eterno?... Como ya he indicado, no pasarás por alto la mente de tus hijos; pero su educación moral y piadosa será, espero, el objeto principal de tu cuidado y preocupación. Al considerar a tus hijos como seres inmortales destinados a la eternidad, que son capaces de disfrutar del cielo, trabajarás con ellos desde la infancia para impregnar sus mentes con ideas bíblicamente cristianas. La inmortalidad es la que rescata de la pequeñez y la insignificancia a todo aquello con lo que está relacionado y, por lo tanto, eleva en un grado considerable el honor exaltado de la madre.

Por la orden soberana del Todopoderoso, has dado a luz, y no a un ser de mera existencia momentánea cuya vida perecerá como la de la bestia del campo, isino a uno que es inmortal!... Madre, *tal* es tu dignidad, *tal* tu exaltado honor. Siente y valora tu rica distinción al ser llamada a educar a los hijos y las hijas del Señor Dios Todopoderoso y a preparar a la santa familia que morará en aquellas muchas mansiones de la casa de su Padre que el Señor Jesús ha ido a preparar (Jn 14:2). Entrégate a esta gloriosa obra. Pero sé juiciosa en todo lo que hagas, no sea que produzcas perjuicio

contra la fe cristiana verdadera, en lugar de influir en la mente a su favor. Que adoptes tu afecto más cálido, tu mayor alegría, tus sonrisas más cautivadoras cuando enseñes la fe a tus hijos. Sé tan parecida como te sea posible a un ser celestial. Representa el seguir a Cristo en toda su hermosura, encanto, santidad y su dulzura inefable. Que ellos lo vean en tu carácter, así como lo oyen de tus labios.

Sé especialmente cuidadosa de no imponer como tarea aquello que debería proponerse como un objeto de esperanza y una fuente de deleite. Que vean en ti que si la piedad es, en algún aspecto, una senda estrecha y difícil, en otro es un camino de placidez y un sendero de paz. No les inflijas el leer las Escrituras o himnos como *castigo* por las ofensas, de modo que conviertas así la fe cristiana, que es un anticipo del cielo, en una penitencia que será para ellos como ser atormentados antes de hora. Sobre todo, no conviertas el Día de reposo en un día de melancolía, en lugar de alegría por una acumulación tal de servicios que puedan hacer que el día de descanso sea físicamente más agotador que las labores comunes de la semana...

Y, ahora, lo resumiremos todo. Considera el *cargo* de una madre: Una criatura inmortal; el *deber* de una madre: Formarlo para Dios, el cielo y la eternidad; la *dignidad* de una madre: Educar a la familia del Creador Todopoderoso del universo; la *dificultad* de una madre: Levantar a una criatura caída, pecaminosa, a la santidad y la virtud; el *aliento* de una madre: La promesa de la gracia divina para ayudarla en sus deberes trascendentales; el *alivio* de una madre: Llevar la carga de sus preocupaciones a Dios en oración; y la *esperanza* de una madre: Encontrarse con su hijo en la gloria eterna y pasar siglos eternos de deleite con él delante del trono de Dios y del Cordero.

¿Pero son las madres las únicas que tienen que implicarse en esta obra de educar a sus hijos para Dios? No. Padre, te hablo a ti porque la Biblia así lo hace.² “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Ef. 6:4)... ¿Estás ejerciendo tu autoridad, dando tus instrucciones, derramando tus oraciones y proporcionando tu ejemplo, todo para la salvación de tus hijos? ¿Es tu deseo, tu ambición, tu esfuerzo y tu súplica que puedan ser hombres cristianos piadosos o sólo ricos? ¿Estás derramando tu influencia en los mismos canales que tu santa esposa? ¿La estás ayudando o estorbando en tu piadosa preocupación por el bienestar espiritual y eterno de tu descendencia conjunta? Pareja feliz, feliz, aquella en la que existe una solidaridad y similitud de sentimiento en el asunto más trascendental que pueda captar la atención del hombre, de los ángeles o de Dios: La fe cristiana; icuando el

² Ver FGB 228, *Fatherhood*, en inglés (Paternidad), disponible en CHAPEL LIBRARY.

esposo y la esposa son de una mente y un corazón, no sólo con respecto a sí mismos, sino en lo que concierne también a sus hijos, y cuando ambos están implicados en formarlos para la gloria eterna! Sólo puedo comparar a una pareja así, en sus esfuerzos benevolentes por el bienestar de sus hijos, a los dos ángeles que fueron enviados desde el cielo para rescatar a Lot y quienes, con santa y benevolente violencia, lo tomaron de la mano y lo arrancaron de la ciudad ardiente para llevarlo al lugar de seguridad preparado por la misericordia del Dios Todopoderoso.

Tomado de *Female Piety (La piedad femenina)*, de dominio público.

John Angell James (1785-1859): Predicador congregacionista inglés, y escritor; nacido en Blandford, Dorsetshire, Inglaterra.



EL LEGADO DE UNA MADRE PARA SU HIJO QUE AÚN NO HA NACIDO

Elizabeth Joscelyn (1595?-1622)¹

Durante largo tiempo, con frecuencia y empeño, presenté ante Dios mi deseo de poder ser madre de uno de sus hijos y, ahora que se acerca ese momento, espero que su designio haya sido que tú seas para mí, y esto me lleva a considerar por qué te deseé con tanto afán y (habiendo descubierto que la verdadera razón fue hacerte feliz), cómo podría alcanzar esa felicidad para ti.

Sabía que no tenía nada que ver con mi reputación, mi riqueza, mi fortaleza corporal o mis amistades, aunque todas estas cosas son grandes bendiciones. Por tanto, sería una petición muy débil desearte sólo como

¹ **Nota del editor** – Ésta es una versión editada del libro de Elizabeth Joscelyn, *The Mother's Legacie to Her Unborn Child*. Representa un género literario distintamente femenino que apareció en la Inglaterra del siglo XVII conocido como “libro de consejo”. Estos libros eran una forma de literatura renacentista en la que la madre escribía instrucciones, predominantemente espirituales, como legado para sus hijos. El legado de Joscelyn es único porque, preocupada por la posibilidad de morir durante el alumbramiento, le escribió a su hijo que aún no había nacido. Tristemente, Elizabeth murió nueve días después de dar a luz a una hija, Theodora, el 12 de octubre de 1622. Este artículo necesitó más edición de lo habitual para los lectores modernos, por lo que se han eliminado numerosas marcas editoriales para facilitar su lectura.

heredero de mi fortuna. No, nunca tuve por objetivo una herencia tan pobre, como el mundo entero, para ti. Tampoco le habría suplicado a Dios tanto dolor, como sé que debo soportar, tan solo para darte riquezas terrenales que hoy podrían hacer de ti un gran hombre y mañana un pobre mendigo. Tampoco me movió a desearte la esperanza de hacerte saltar, durante tu infancia, sobre mis rodillas. Y es que sé que todo el deleite del que una madre puede disfrutar es miel mezclada con hiel².

Pero la verdadera razón por la que con tanta frecuencia me arrodillé delante de Dios por ti es para que pudieras ser heredero del reino de los cielos. Que a este fin, le suplico humildemente al Dios Todopoderoso, puedas inclinar tus actos y, que si fuera su bendita voluntad, te dé una medida tan abundante de su gracia que puedas servirle como ministro suyo, si Él hace de ti un hombre.

Cierto es que, este siglo, considera el ministerio como un oficio desdeñable, sólo adecuado para los hijos de los pobres, los hermanos menores y quienes no tienen otro medio de subsistir. Pero, por el amor de Dios, no te desalientes con tales discursos vanos: Fortalécete recordando *el gran valor que tiene, a los ojos de Dios, ganar un alma*, y pronto descubrirás qué gran puesto es ser ministro para el Dios vivo. Si a Él le place conmover tu corazón por medio de su Espíritu Santo, resplandecerá y arderá de celo por servirle. El Señor abra tus labios y tu boca para elevar su alabanza (Sal. 51:15).

Si se me diera bien escribir, me gustaría anotar todo lo que comprendo del feliz estado de los ministros verdaderos y esforzados. Sin embargo, puedo decir claramente que, de todos los hombres, por su llamado son de verdad los más felices. Están familiarizados con Dios, trabajan en su viña y son tan amados por Él que les proporciona abundancia de conocimiento. *¡Por favor, sé uno de ellos!* No permitas que la burla de los hombres malvados te estorbe. Mira cómo ha provisto Él, suficientes medios para ti. No necesitas obstaculizar tu estudio por buscar sustento como hicieron los israelitas estorbando su trabajo para ir a buscar paja (Éx. 5:6-23). Si no estás satisfecho con esto, no lo estarás, aunque tengas más. ¡Que Dios te libre de la codicia!

Deseo para ti que, aunque adoptes el llamado espiritual, no busques los beneficios de la Iglesia³, ni los ascensos, aunque los valoro porque tengo grandes motivos para ello; pero preferiría que fueras verdaderamente un

² **Hiel** – Ésta se encuentra en la vesícula y se conoce por su amargura. Aquí el autor emplea el término metafóricamente para contrastar la amargura con la dulzura, el dolor y el gozo que son parte de ser padre.

³ **Beneficios de la Iglesia** – Puestos eclesiásticos permanentes que incluyen propiedad e ingreso [para el pastor] por desempeñar los deberes pastorales.

ministro tan humilde y con tanto celo que tu único fin sea servir a Dios sin desear nada para ti mismo, excepto el reino de los cielos. Sin embargo, así como no deseo que procures estas cosas, también me gustaría que fueras tan cuidadoso como para no descuidar las bendiciones de Dios, sino que recibas con toda gratitud lo que Él te concede y que seas un esmerado administrador que lo distribuya entre todos los que tengan necesidad.

No tenía más elección que manifestar este deseo por escrito, por temor a que la voluntad de Dios para mí fuera que pereciera sin tener tiempo de hablar contigo.

Y si fueras una hija... sigue leyendo y verás mi amor y mi preocupación por ti y que tu salvación es tan grande como si fueras un hijo, y mi temor mayor aún.

Tal vez, cuando seas capaz de ejercer cierto discernimiento, te pueda parecer extraño recibir estas líneas de una madre que murió cuando tú naciste. Pero ves que los hombres compran tierras y almacenan tesoro para sus bebés que no han nacido todavía, así que no te extrañe que me preocupe tanto por tu salvación, siendo ésta una porción eterna. Y no sabiendo si viviré para instruirte cuando nazcas, no me culpes por escribirte con antelación. ¿Quién no me condenaría si yo descuidara tu cuerpo mientras estás dentro de mí? Con toda seguridad, la preocupación por tu alma es muchísimo mayor. En estos dos desvelos me esforzaré mientras viva.

Reitero que, tal vez haya quien se pregunte por qué escribo de esta forma, teniendo en cuenta que existen muchos libros tan excelentes que hasta la nota más mínima que se encuentra en ellos tiene el mismo valor que todas mis meditaciones. Lo confieso y, así, me disculpo. No le escribo al mundo, *sino a mi hijo* quien sacará más provecho de unas cuantas instrucciones débiles procedentes de una madre muerta (que no puede alabarlos cada día ni reprenderlo como merece) que de otras mucho mejores de alguien más ilustrado. Una vez consideradas estas cosas, ni mi verdadero conocimiento de mi propia debilidad ni el temor de que esto pueda llegar a ojos del mundo y acarrear burla sobre mi tumba pueden impedir que mi mano exprese cuánto anhelo tu salvación.

Por consiguiente, amado hijo, *siente mi amor en estas líneas*. Y si Dios me aparta de ti, sé obediente a estas instrucciones como deberías serlo hacia mí. Las he aprendido de la Palabra de Dios; a Él le suplico que puedan ser provechosas para ti.

(1) **El primer encargo que te hago aquí lo aprendí de Salomón en Eclesiastés 12:1:** “Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud”. Es un excelente comienzo y una lección adecuada para un hijo... Para dirigir tu corazón a que recuerdes a tu Creador antes de que sea demasiado tarde, medita en los beneficios que recibes continuamente. En primer lugar, có-

mo Él te creó cuando no eras nada; te redimió por la muerte de su único Hijo, siendo peor que nada; y ahora, por mera gracia, Él te ha dado su Espíritu Santo, santificándote para un reino eterno.⁴ Es posible que no puedas entender lo grandes que son estas misericordias, pero tu alma debe gritar directamente: “¿Qué puedo hacer por un Dios de tanta gracia? Todos los poderes de mi alma y mi cuerpo entregaré a su servicio. A Él dedicaré mis primeros pensamientos. Como el sacrificio de Abel (Gn. 4:4), presentaré ante Él las primicias de mi juventud. En la fuerza de mi edad caeré delante de Él y si alcanzo una edad avanzada y por debilidad no puedo inclinar mis rodillas ni levantar mis manos, con todo, mi corazón meditará en su bondad día y noche, y mi lengua siempre proclamará sus obras maravillosas”.

Cuando hayas recordado así las infinitas misericordias de Dios, es adecuado que te pongas a trabajar en su servicio de forma constante; que ordenes tus pensamientos, tus palabras y tus actos para su gloria; y que hagas pacto contigo mismo de no quebrantar las promesas que le hagas a Dios... Recuerda, te ruego, estas normas para ordenar tu vida y Dios te bendecirá a ti y tus buenos esfuerzos.

(2) En cuanto te despiertes por la mañana, cuida de no albergar en tu mente pensamientos vanos, no provechosos y, sobre todo, impíos que estorben tu sacrificio de la mañana (tu oración de acción de gracias). Prepárate de inmediato, dirigiendo tus pensamientos para meditar en las misericordias de Dios, la maldad del diablo y en tu propia debilidad. La malicia del diablo se percibe con tanta facilidad como tu debilidad; desde ahora mismo ya está merodeando, listo para atrapar cualquier buen movimiento de tu corazón, sugiriéndote cosas que son más atractivas para tu imaginación y persuadiéndote de posponer tu servicio a Dios, sólo por un breve tiempo.

Pero debes estar prevenido y armado contra sus tentaciones. Ten por seguro que, si una vez cedés, descuidando el orar a Dios, aunque sea por media hora, cuando llegue ese momento hallarás que estás mucho más incapacitado para hacerlo y que tu corazón está más torpe para orar que antes. En cambio, si te preparas para orar y, aunque te sientas apesadumbrado e infeliz al hacerlo, Dios, que escudriña el corazón y ve tu deseo de orar —aunque tú no puedas hacerlo— te alumbrará y preparará tu corazón con antelación la próxima vez para que puedas hallar consuelo. Por tanto, ten cuidado de que el diablo no te engañe porque ves que su malicia no es pequeña en sus intentos de engañarte respecto a toda felicidad presente y futura. Y puedes tener por seguro de que, si no buscas lo celestial,

⁴ Joscelin, una anglicana, daba por sentado que su hijo iba a ser salvo.

no tendrás gozo verdadero en los placeres terrenales.

Una vez discernida la infinita malicia del diablo y tu propia y excesiva debilidad, ¿cómo crees que fuiste protegido de sus argucias mientras dormías? ¿O tal vez piensas que sólo te acosa cuando estás despierto? No, no te engañes; no es un enemigo tan equitativo. Su odio hacia ti es tal que, si pudiera, haría pedazos tu cuerpo y te arrancaría el alma para llevársela al infierno mientras tú duermes. ¡Ay, hijo mío! Él podría haber hecho todo esto porque tu fuerza es pequeña para resistir contra él. Ahora tienes que confesar necesariamente, quién es el único capaz de protegerte: Dios y su misericordia —y no lo que tú mereces— son tu protección. Reúne, con toda tu fuerza, toda tu resolución para servirle a Él todo el día y resistir todas las tentaciones del diablo.

Entonces, ya bien despierto (porque puedes estar seguro de que a Dios no le gusta que se ore medio dormido), empieza dando gracias a Dios y a desear la continuidad de su misericordia para contigo en estas palabras, hasta que puedas descubrir la mejor forma de expresar tu propia alma: “Oh eterno Dios, que has derramado tu gracia desde el principio y que eres misericordioso hasta el final del mundo, humildemente te doy gracias porque, según tu abundante bondad, me has defendido por tu gracia durante esta noche de los peligros que podrían haberme ocurrido. Te suplico que sigas teniendo esta bondad favorable tuya hacia mí y que me concedas así, tu gracia para que en todos mis pensamientos, palabras y actos pueda buscar tu gloria y vivir eternamente en tu temor y para que pueda morir en tu favor. Te lo pido en el nombre de tu Hijo, mi único Salvador. Amén”.

(3) Una vez hayas invitado a Dios a entrar a tu alma, ten cuidado de no ofender a tan gran y glorioso Invitado... Piensa, alma pecaminosa, cuánto cuidado deberías tener cuando el Dios vivo te concede por su gracia, el morar dentro de ti: Ten cuidado, sé precavido. No le ofendas, amado hijo mío, deliberadamente... Pero si por tu debilidad pecaras contra Él, corre directamente a su presencia, antes de que pueda irse, porque Él es misericordioso y se quedará un rato después de que hayas pecado, esperando tu arrepentimiento.⁵ ¡Corre a toda prisa! ¡No estimes pecado alguno como pequeño! Aprende a avergonzarte del pecado; no obstante, una vez cometida la transgresión, no esperes ocultarla de Dios por ningún otro medio que no sea el arrepentimiento sincero. En la pasión⁶ de su Hijo, Él esconderá tus ofensas, de tal modo que las esconderá de sí mismo. El Señor no

⁵ Ver Portavoz de la Gracia N° 10: *Arrepentimiento*, disponible en CHAPEL LIBRARY.

⁶ **Pasión** – Su muerte y sufrimiento; ver Portavoz de la Gracia N° 9: *Sustitución*; Portavoz de la Gracia N° 15: *La obra de Cristo*; FGB 226, *Christ upon the Cross*, en inglés (Cristo en la cruz) y FGB 227, *Atonement*, en inglés (Expiación), disponibles en CHAPEL LIBRARY.

despreciará el corazón contrito y, aunque permita que estés arrodillado durante largo tiempo, Él tendrá misericordia al final. Aprende de Jacob a luchar con Dios y a clamar con espíritu ferviente: “No te dejaré, si no me bendices” (Gn. 32:26). Nuestro Salvador declaró: “El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan” (Mt. 11:12).

(4) Ya ves, pues, que la carrera que debe llevarte al cielo ha de realizarse con entusiasmo y no de forma perezosa. Por tanto, ten cuidado y evita todas las variantes de este pecado. Todo lo que emprendas, abórdalo con alegría. Avergüénzate de la ociosidad, como hombre; pero tiembla sólo de pensar en ella, como cristiano. Y es que puedes tener por seguro que el diablo nunca está tan feliz en sus tentaciones como cuando las utiliza sobre un hombre perezoso que no es capaz de esforzarse tanto como para resistirse a él. ¿Qué estado de desdicha puede haber mayor que éste en el mundo? En primer lugar, que Dios te odie por considerarte un parásito ocioso, un vago, no apto para su servicio y, por ende, que todo el mundo te desprecie porque te halles en la pobreza extrema. ¡Te ruego que bajo ningún concepto entregues tu juventud a la pereza! Tan pronto como hayas elevado tu oración a Dios, prepárate para levantarte y, al hacerlo, usa esta oración: “En tu nombre, me pongo en pie, oh bendito Salvador, Quien con el Padre y el Espíritu Santo me creaste y con tu propia y valiosa sangre me has redimido. Te suplico que me dirijas, me protejas y me bendigas hoy. Guíame en todo buen camino. Dirígeme y sigue obrando en mí y después de esta frágil y miserable vida, llévame a esa bendita vida que no tiene fin, por tu gran mérito y por tus misericordias. Amén”.

(5) Tan pronto como hayas salido de los brazos de la pereza, el orgullo hará diligentemente su aparición, esperando proporcionarte cualquier juguete⁷ vano en tu atuendo. Y aunque creo que existen diversos tipos de orgullo más pestilentes para el alma que el de la ropa, éste es bastante peligroso. Y estoy segura de que manifiesta más que cualquier otro la necesidad del hombre. ¿Acaso no es monstruoso ver a un hombre, al que Dios ha creado de un modo excelente, con cada parte de sí respondiendo en la debida proporción a otra, y que por el hábito de prestar una atención necia y vana a su apariencia, acaba teniendo un aspecto tan desagradable que no se pueda hallar entre todas las criaturas de Dios nada parecido a él? Aunque un hombre no se parezca a otro en su figura o su rostro, por su alma racional es como cualquier otro; pero estos seguidores de la moda han intercambiado (me temo) su alma sensata por otra orgullosa y no razonable ¿Podrían deformarse y transformarse también por estas modas novedosas y estas conductas propias de los monos: Comportándose de forma servil, encogiéndose de hombros, con movimientos repentinos y siendo unos ex-

⁷ **Juguete** – Algo que tiene poco valor intrínseco, pero que se valora como un ornamento.

travagantes de todas las formas posibles, de manera a poder decir, y con razón, que cuando van a la moda no son como ningún otro hombre? *Y es que ¿quién querría ser como ellos?* Te ruego que *te apartes de esa vanidad*, seas hijo o hija. Si eres una hija, te confieso que tu tarea será más dura porque eres más débil y tus tentaciones frente a este vicio son mayores porque verás a quienes te parezcan menos capaces, exaltadas muy por encima de ti en estos menesteres y, tal vez desearás ser como ellas y hasta sobrepasarlas. Pero cree y recuerda lo que te digo: El final de todas esas vanidades es más amargo que la hiel. ¡Qué duro será recordar el tiempo malgastado, cuando tengas más edad y no hayas alcanzado otro conocimiento que el de vestirme! Cuando te des cuenta de que la mitad de tu tiempo o quizás todo, ha transcurrido y que de todo lo que has sembrado no tienes nada que recoger, sino arrepentimiento —*el arrepentimiento tardío*—, ¡cuánto sufrirás! ¡Cómo acusarás a una necedad por haber producido otra, y en tu memoria proyectarás la causa de cada infortunio que ha caído sobre ti, hasta que pasando de una a otra, finalmente comprendas que *tu voluntad corrupta* ha sido la causa principal! Entonces percibirás, con bastante dolor, que si hubieras servido a Dios, en lugar de a tus vanos deseos, ahora tendrías paz en tu corazón. Que el Dios de misericordia te dé la gracia de acordarte de Él en los días de tu juventud.

No me malentiendas ni te permitas tomarte demasiada libertad, diciendo: “Mi madre era demasiado estricta”. No, no lo soy, porque te autorizo a seguir las modas *decentes*, pero no que seas una *iniciadora* de modas... En otras palabras, esto es lo único que deseo: Que no pongas tu corazón en cosas tan vanas. Verás que seguir esta conducta humilde te hará ganar reputación y amor entre los que son sabios y virtuosos.

Si deseas elogio, sigue el ejemplo de esas mujeres espirituales cuya fama de virtuosas, el tiempo no ha podido borrar, como la piadosa Ana, quien sirvió al Señor con ayuno y oración (Lc. 2:36-38); como Elisabet, quien sirvió a Dios de forma irrepreensible (Lc. 1:6) y la piadosa Ester, quien enseñó a sus criadas a ayunar y orar (Est. 4:16).

Tengo tanto miedo de que pudieras caer en este pecado, que podría pasarme el poco tiempo que me queda de vida exhortándote en contra de él. Sé que es el más peligroso y sutil de los que pueden robar el corazón del hombre. Alterará todas las formas como suele ocurrir con los colores del camaleón. *¡Apártate de él por el bien de tu alma!* Porque si das cabida al orgullo, es un adulator tan desvergonzado que te hará creer que eres mayor, más sabio y más instruido que todos los demás, cuando en realidad estarás demostrando ser el mayor necio entre ellos, cansándolos a todos con tu vana conversación.

Salomón afirmó: “Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de

la caída la altivez de espíritu” (Pr. 16:18). Y nuestro bendito Salvador, el verdadero ejemplo de humildad, nos exhorta a aprender de Él que era manso y humilde de corazón (Mt. 11:29). Y si nos comportamos así, Él promete que hallaremos descanso para nuestra alma. Aquí tampoco faltan las maldiciones, amenazando cuando el poder de convicción no basta:

“Porque cualquiera que se enaltece, será humillado” (Lc. 14:11). Lee las Sagradas Escrituras con frecuencia y diligencia, y hallarás continuas amenazas contra el orgullo, castigo y advertencias al respecto. No descubrirás pecado que se castigue con tanta dureza como éste: Convirtió a ángeles en demonios, al gran Nabucodonosor en una bestia (Dn. 5:21) y la carne de Jezabel en comida para perros (2 R. 9:10, 36; 1 R. 21:23). Concluiré con el dicho de un buen hombre: “Si todos los pecados que reinan en el mundo se quemaran hasta reducirlos a cenizas, las del orgullo seguirían siendo capaces de volver a producirlos todos”.

(6) Por tanto, evita todo tipo de orgullo para estar decentemente preparado; una vez hecho esto, retírate a solas a un lugar donde te humilles de rodillas y vuelvas a renovar tus oraciones, confesando humildemente y deseando con fervor el perdón de todos tus pecados. Y usa la oración matutina del doctor Smith⁸; no conozco una mejor ni tampoco he hallado mayor consuelo en ninguna otra. Al aconsejarte una forma establecida de oración, no te estoy prohibiendo que concibas una oración, sino que le ruego a Dios con toda humildad que te dé la gracia de orar con frecuencia basándote en tus propias meditaciones, según su voluntad.

(7) Cuando hayas acabado tu oración privada, asegúrate de no ausentarte de la oración pública, si esa es la costumbre de la casa donde vivas. Cuando hayas terminado, ve y ten algún recreo, para tu beneficio o por placer. Y de todos estos ejercicios reserva tiempo para sentarte y tener un buen estudio, pero sobre todo utiliza aquello que puede hacerte más grande: *La teología*. Te hará más grande, más rico, más feliz que el mayor reino de la tierra, aunque pudieras poseerlo. “Si alguno me sirviere —dice Cristo—, mi Padre le honrará” (Jn. 12:26). Por tanto, si deseas *honra*, sirve al Señor y estate seguro de ello. Si tu objetivo es *la riqueza*, San Pablo te asegura que “gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento” (1 Ti. 6:6). Si codicias *el placer*, pon el deleite de David delante de tus ojos: “Me he gozado en el camino de tus testimonios más que de toda riqueza” (Sal. 119:14). Y en el Salmo 92, declara: “Por cuanto me has alegrado, oh Jehová, con tus obras” (92:4). En el Salmo 4: “Tú diste alegría a mi corazón” (4:7) y si lees el Salmo 91, verás con qué clase de bendiciones alegra

⁸ Henry Smith, “A Morning Prayer” en *The Works of Henry Smith* (Los escritos de Henry Smith), tomo 2, Tentmaker Publications, 460; Joscelin también recomienda el libro de Smith, “An Evening Prayer” que se encuentra en el mismo volumen.

Dios a sus hijos. Y cuando hayas ajustado tu corazón a este estudio, será tan dulce que cuanto más aprendas más desearás y cuanto más desees, más te mostrará Dios su amor. Estudiarás muy bien en lo privado y lo practicarás en todas tus acciones en público; sopesarás tus pensamientos con tanta regularidad que tus palabras no serán ligeras. Ahora, usaré unas pocas líneas para convencerte de estar alerta respecto a tus palabras.

(8) Decir “recuerda a tu Creador cuando hables”, es tanto como si pudiera usar todas las exhortaciones e indicarte todos los peligros que pertenecen al discurso. Sin embargo, somos tan capaces de olvidar a Dios en nuestra necia conversación que, en ocasiones, con nuestro discurso haríamos de nosotros mismos dioses. Por tanto, no te tomes a mal recibir de mí unas cuantas instrucciones, aunque débiles, para ordenar tu conversación. He dedicado la mañana a la meditación, la oración, los buenos estudios y un esparcimiento honrado. El tiempo del mediodía se usa más para conversar, ya que es todo lo que un hombre puede hacer mientras come. Y es un tiempo durante el cual el hombre debería cuidar lo que habla, ya que tiene delante de sí las buenas bendiciones de Dios para renovar su cuerpo y una compañía sincera para recrear su mente. Por tanto, no debería haber nada ofensivo en tu lenguaje ni hacia Dios, ni hacia los hombres buenos. Pero, de forma más especial, ten cuidado de que ni la ligereza ni la formalidad en tu discurso te hagan *tomar el nombre de Dios en vano*; habla siempre de Él con reverencia y entendimiento. Y te ruego que, así como querías que las bendiciones se multiplicaran sobre ti, no permitas que salgan de ti palabras que puedan herir los oídos castos. ¡Qué odioso es el lenguaje obsceno en las personas groseras! ¡Pero cuánto más ofensivo hace a aquel de noble nacimiento para toda compañía honrada! Salomón afirma: “El hombre cuerdo encubre su saber; mas el corazón de los necios publica la necedad” (Pr. 12:23); “el que guarda su boca guarda su alma; mas el que mucho abre sus labios tendrá calamidad” (Pr. 13:3) y “los labios de los sabios los guardarán” (Pr. 14:3).

(9) Si mantienes tus pensamientos santos y tus palabras puras, no tendrás necesidad de temer porque todos tus actos serán sinceros. Pero mi miedo de que puedas conocer el camino y que, aun así te desvíes, no permitirá que mi consejo te abandone hasta que llegues al final de tu viaje.

En primer lugar, ten pues cuidado cuando estés solo de no hacer nada que no hicieras cuando los hombres te ven. Recuerda que los ojos de Dios están siempre abiertos y que tu propia conciencia será testigo contra ti. A continuación, asegúrate de que ningún acto tuyo pueda ser un escándalo para tu profesión, me refiero a la profesión de la religión verdadera. Esto, en realidad, es como decirte: “[Apártate] del mal” (1 P. 3:11). Y es que no puedes cometer un pecado que sea demasiado pequeño como para que los

enemigos de la verdad no se alegren al decir: “¡Mira, éste es uno de esos que profesan a Dios de labios, pero mira qué vida lleva!”. Por tanto, el cristiano debería tener gran cuidado, sobre todo, aquellos a los que Dios ha puesto como luminas en su Iglesia.

Sea lo que sea que estés a punto de hacer, examínalo según los mandamientos de Dios: Si está de acuerdo con ellos, sigue adelante con alegría. Y aunque la respuesta no responda a tus esperanzas, nunca te aflijas ni estés resentido, sino alégrate de que se cumpla la voluntad de Dios. Deja que tu confianza en Él te asegure que todas las cosas ayudan a bien a aquellos que conforme a su propósito son llamados (Ro. 8:28).

El siguiente defecto que también es común en este siglo es la embriaguez, que es la autopista hacia el infierno. Un hombre puede viajar por ella, de pecado en pecado, hasta que el diablo le muestre que no puede llegar más lejos, como el viajero que va de posada en posada hasta que llega el final del viaje. ¡Oh hijo, piensa en lo sucio que es ese pecado que convierte al hombre en una bestia toda su vida y en un diablo cuando muere! Salomón pregunta: “¿Para quién será el ay? ¿Para quién el dolor? ¿Para quién las rencillas? ¿Para quién las quejas? ¿Para quién las heridas en balde? ¿Para quién lo amoratado de los ojos?” (Pr. 23:29). Y, en el versículo siguiente, responde: “Para los que se detienen mucho en el vino” (Pr. 23:30). Y, hasta el final del capítulo, presenta las desgracias ocasionadas por este vicio.

Para poder evitar este pecado, pon cuidado en la elección de tus amigos porque son ellos los que te traicionarán para que caigas en este pecado. No escojas jamás a un borracho como compañero y, mucho menos, como amigo. Ser un borracho es ser un hombre que no es apto para el servicio de Dios y para la compañía de los hombres buenos. Le suplico a Dios que te dé la gracia de detestarlo.

A continuación, debo exhortarte respecto a un pecado que no puedo mencionar: Debes escudriñar tu propio corazón para hallarlo. Es tu *pecado más querido*: para disfrutarlo, podrías resistirte a todos los demás, al menos eso crees. Pero no lo albergues: búscalo con diligencia en tu propia naturaleza y cuando lo hayas encontrado, lánzalo fuera de ti. Es el sutil traidor de tu alma y todos los demás pecados dependen de él. No hay tanto peligro en todo el resto al que te enfrentas como en éste, al que no estás dispuesto a llamar pecado.

(10) Después de pasar el día en los ejercicios piadosos y sinceros, regresa por la noche de nuevo a alguna buena meditación o estudio. Concluye con oración, encomendándote a Dios; así disfrutarás de tu cena. Cuando esto esté hecho y llegue el momento del descanso, acaba el día como lo empezaste, con humilde acción de gracias por todos los beneficios recibi-

dos ese día y con sincero arrepentimiento por todos los pecados cometidos, mencionándolos y lamentándolos. Cuanto más a menudo sales tus cuentas con Dios, más tranquilo será tu sueño y despertarás con el corazón lleno de gozo, dispuesto a servir al Señor.

Por último, encomiéndate tú y todo lo que tienes a Dios en oración ferviente, sirviéndote tanto de las oraciones vespertinas del señor Smith como de las matutinas. Aunque ambas son para la familia, también se pueden reducir fácilmente para la oración privada de un hombre. De modo que, al irte a la cama, descansa, empezando y acabando en Aquel que es el Primero y el Último (Is. 44:6; 48:12; Ap. 1:11, 17; 22:13). Pasa así los seis días en los que tienes que trabajar para que puedas estar preparado para celebrar el Día de reposo, al que pertenece otro “Acuérdate” (Éx. 20:8).

(11) Acuérdate de santificar el Día de reposo. Este deber que Dios mismo ordenó, tan a menudo y con tanto empeño en el Antiguo Testamento, que tanto se nos confirma en el Nuevo por la resurrección de nuestro Salvador, en cuya memoria se le llama Día del Señor y que la Iglesia celebra perpetuamente, aunque en estos días muchos no guardan el Día de reposo (o, como mucho, sólo una sombra de éste), como si no formáramos parte de la creación ni de la redención del mundo. ¿Dónde podríamos encontrar a alguien que perdiera un buen negocio en lugar de llevarlo a cabo en el Día del Señor? ¿O que ponga freno a sus propios deseos para santificar ese día?

Por tanto, viendo este peligro en el que puedes verte fácilmente atrapado por la sutileza del diablo y seguir a la multitud, no puedo más que exhortarte, con todas mis fuerzas, a que *observes con cuidado el Día del Señor*. Para ello, te ruego que prestes atención al cuarto mandamiento: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjerio que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó” (Éx. 20:8-11). Si quieres aprender cómo servirle como un buen erudito, Él te enseñará de una forma admirable, tanto a través de las normas como por el ejemplo. En primer lugar, mediante las *normas*: No hagas en él obra alguna. A continuación, por el *ejemplo*: Él creó el mundo entero en seis días y descansó en el séptimo; por tanto, lo bendijo.

Al ver que Dios así te ordena por su poder, te convence en su misericordia y te enseña, tanto por las normas como por su propio ejemplo lleno de gracia; ¿cómo puedes estar tan desprovisto de gracia, no, de sentido común, para no obedecer a un *Señor* tan justo? ¿A un *Padre* tan misericordioso?

so? ¿A un *Maestro* tan lleno de gracia? Si no conviertes el observar este día en un asunto de conciencia, puede ser que poseas de algún modo una torpe seguridad y que te adules por ella, mientras que en realidad, no haces conciencia de nada porque estoy convencida de que si no puedes prescindir de profanar este día, ya sea para provecho tuyo o por placer, no vacilarás en otra ocasión parecida y quebrantarás todos los mandamientos restantes, uno detrás de otro.

Por consiguiente, por el amor de Cristo, ten cuidado para que el diablo no te engañe; no permitas tampoco que sus intermediarios te aparten del deber de este día. Él *siempre* está atareado, preparado y al alcance para apartarte de Dios, pero ese día, sin lugar a dudas, redobla todas sus fuerzas. Hará que se te cierren los ojos de sueño; enviará pesadez y torpeza a tu corazón y, quizás, puede incluso hacer que tu cuerpo sufra dolor, si de esta forma puede prevalecer. Con toda seguridad, usará cualquier destreza, cualquier truco, para apartarte de la casa de Dios y de la congregación de su pueblo. Te corresponderá a ti fortalecerte contra él en la misma proporción de la fuerza de sus prácticas contra ti ese día. ¡No permitas en modo alguno que te aleje de la iglesia! Dios ha prometido estar presente allí y *allí está*. ¿Osarás tú, necio infeliz, ausentarte de Él? Sé bien que no. Acude, pues, a la oración con un corazón preparado por la oración y, por el camino, medita en las grandes misericordias de Dios en la creación del mundo, su mayor misericordia al redimirlo y mezcla en tus reflexiones, oraciones que puedan aplicar estas grandes bendiciones a ti mismo.

¡Acércate, pues, y entra con celo reverente y ferviente en la casa de Dios! Y, deshaciéndote de todos tus pensamientos, excepto aquellos que puedan avanzar la buena obra que estás a punto de hacer, dobla tus rodillas e inclina tu corazón a Dios, deseando su Espíritu Santo para poder unírte a la congregación en oración ferviente y atención formal a su palabra predicada. Aunque oigas, quizás, predicar al ministro de un modo débil, en tu opinión, aun así, préstale atención; descubrirás que transmitirá algo de provecho para tu alma, ya sea algo que no hayas oído antes, que no hayas notado, que hayas olvidado o que no hayas puesto bien en práctica. Es bueno que se te recuerden con frecuencia, estas cosas relativas a tu salvación... Aprende, pues, a preparar tu corazón temprano para ese día; si lo observas como es debido, Dios te bendecirá a ti y tus labores durante toda la semana. Hasta aquí me he esforzado por exhortarte en lo que concierne a tus deberes hacia Dios.

(12) De los cuales, la honra que le debes a tus padres es una parte que no puede separarse porque Dios lo ordena: “Honra a tu padre y a tu madre” (Éx. 20:12). Es el primer mandamiento de la Segunda Tabla, así como “No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éx. 20:3) lo es de la Primera.

Siendo la idolatría el mayor pecado contra Dios y el de la desobediencia a los padres el cabecilla de los pecados contra el hombre, se nos advierte contra ellos, como si en el caso de caer en ellos, ya fuera demasiado tarde para evitar los demás. Y es que, si nos convertimos una vez en idólatras de corazón, ya no nos costará trabajo alguno inclinarnos ante una imagen, usar en vano el santo nombre de Dios o profanar su Día de reposo. De modo que, si nos atrevemos a desobedecer a unos padres buenos, nada más quebrantar la Ley de Dios así, el robo, el asesinato, el adulterio, la falsedad y la codicia entran con facilidad.

(13) El siguiente deber igual a éste, es uno que debes realizar respecto a todo el mundo en general: “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas” (Mt. 7:12). Éste es el mandamiento que nuestro Salvador nos da: “Amaos los unos a los otros”. Así se distinguirá que somos suyos, si nos amamos unos a otros como Él nos amó a nosotros (Jn. 13:34-35). Pero dentro de todo lo que se nos ordena, no hay *nada* más contrario a nuestra perversa naturaleza que amar al prójimo como a nosotros mismos. Podemos envidiarle fácilmente si es rico o burlarnos de él si es pobre; *¿pero amarlo?* No, el diablo tiene más habilidad que eso. Para él sería muy duro que los hombres empezaran, de repente, a amarse unos a otros; por ello, usa toda su arte para instigar disensión entre tantas personas como pueda y para mezclar el amor con la hipocresía.

Para evitar esto, considera bien que Dios es el autor de la paz y el amor, y que la lucha y la discusión proceden del diablo. Entonces, si eres hijo de Dios, haz las obras de Dios: Ama a tu prójimo como Él te ha ordenado, no sea que provoques a nuestro bendito Salvador cuando vea en ti esa marca del diablo —*la malicia*— y te diga lo que les dijo una vez a los judíos: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer” (Jn. 8:44).

Hijo, te ruego que tengas cuidado y no ofendas a Dios tan gravemente como para que te niegue como alguien de los suyos porque no amas a aquellos que le pertenecen. Si esto se sopesa bien, bastará para hacer que todos los hombres sean benévolos, aunque sólo sea por temor a odiar a aquellos a los que Dios ama. Sin embargo, creer o juzgar que Dios debería odiar aquello que tú odias es una falta de amor tan impía que un buen cristiano debería temblar necesariamente, sólo con pensarlo. Dios no te ha dado autoridad alguna para juzgar a ningún hombre, pero sí te ha ordenado que ames a tu enemigo: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los

cielos” (Mt. 5:44-45). *Sine fine finis*.⁹

Tomado de *The Mother's Legacy to Her Unborn Child* (El legado de una madre para su hijo que aún no ha nacido), de dominio público.

Elizabeth Brooke Joscelyn (1595 - c. 1622): Nieta del teólogo y obispo anglicano, William Chaderton (c. 1540-1608); nacida en Cheshire, Inglaterra.



Piensa en esto particularmente, tú que eres madre de hijos, cuando sientas el fruto de tu vientre vivificado dentro de ti: Llevas en tu interior a una criatura de más valor que todo este mundo visible, una criatura que, desde ese mismo momento, tiene sobre sí una eternidad de felicidad o miseria. Por tanto, te concierne sufrir los dolores de parto como doliéndote por sus almas antes de sentir el padecimiento y las punzadas del parto por sus cuerpos. ¡Oh, deja que tus llantos y tus oraciones por ellos anticipen los besos y los abrazos que les darás! Si eres fiel y tienes éxito en esto, bienaventurado el vientre que los porta. — *John Flavel*

Cualquier enseñanza que lleve a los hombres y a las mujeres a pensar en el vínculo del matrimonio como señal de esclavitud y sacrificio de toda independencia, a interpretar la feminidad y la maternidad como un trabajo pesado y una interferencia en el destino más elevado de la mujer, cualquier opinión pública respecto a cultivar el celibato como más deseable y honroso o sustituir cualquier otra cosa por el matrimonio y el hogar, no sólo invalida la ordenanza de Dios, sino que abre la puerta a crímenes abominables y amenaza los fundamentos mismos de la sociedad. — *A. W. Pink*.

El poder de la madre radica en que ora por su hijo.

—*Abraham Kuyper*

⁹ *Sine fine finis*— *Latín* = Final sin fin.

CASTIGAR CON SABIDURÍA Y AMOR

Richard Adams (c. 1626-1698)

“Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten”. —Colosenses 3:21

La corrección de la forma debida y las recompensas adecuadas por el bien hacer son necesarias para detener la grosería y alentar la conducta honorable. Así como los buenos documentos aportan sabiduría, las correcciones hacen lo propio para expulsar la necedad. No se puede dejar a un niño que haga lo que quiera, no sea que avergüence a sus padres: “La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre” (Pr. 29:15). Por tanto, Dios manda: “Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma” (Pr. 29:17). En otra parte: “No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas¹ con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol” (Pr. 23:13-14). Éste, no sólo es un mandamiento general, sino la promesa de buen fruto en el desempeño del deber de una forma correcta; pero debería ir acompañada de oración por su efectividad porque descuidar este deber es muy peligroso para la raíz y para la rama, para el padre y para el hijo (2 S. 7:27-28; 1 S. 3:13; 1 R. 1:6). Sí, y la oración de los padres es aquí la mayor necesidad para que no caigan en el extremo que mi texto prohíbe con énfasis. Los padres cristianos, a quienes sus hijos deben *obedecer en el Señor*, tienen que poner interés en castigar en el temor de Dios y, por tanto, procurar que ese encargo suyo pueda ser santificado, unido a la instrucción; que pueda ser efectivo, mediante la bendición de Dios en Cristo (1 Ti. 4:5; Mi. 6:9)... Y aquí, además, a los padres les interesa usar gran prudencia cristiana para que sus hijos puedan entender lo siguiente:

Primero: Que, desde el *principio del amor* por la enmienda y el bienestar de sus hijos, ellos necesitan este firme acto que Dios les ha ordenado en justas circunstancias, así como Él mismo castiga a aquellos a los que ama (Ap. 3:19; He. 12:6-8; Dt. 8:5). Por tanto, si escatiman la vara por el necio afecto, Dios, Quien conoce mejor el corazón y los afectos, puede censurarlos por odiar a sus hijos (Pr. 13:24; 3:12)... De ahí que,

¹ **Castigas** – La idea que aquí se expresa no significa dar una paliza salvaje ni brutal con puños y palos, sino que tiene que ver con la corrección de la vara: “El sabio no se refiere a una paliza fuerte, más bien se refiere a algo que se asemeja más a una nalgada. Esto se puede deducir de la afirmación escueta de que ‘no morirá’ así como del énfasis general que se hace en el libro [de Proverbios] sobre la moderación, la bondad y la gentileza” (Tremper Longman III, *Proverbs*, Baker Academic, 426).

Segundo: Es la necesidad de sus hijos y *no su propia pasión*, lo que les exige este doloroso ejercicio. Demasiada presión sería como un medicamento demasiado caliente que escalda más que curar. Algunos padres son capaces de superar las justas medidas y castigar por su propio placer; sin embargo, deben aprender de Dios para tener por objetivo el beneficio de sus hijos y no corregirlos, *sino para lo que... es provechoso* (He. 12:10)... Los padres no deberían tomar la vara para desahogar su propia ira, sino para castigar el pecado de sus hijos, algo que un hombre no debe soportar en su prójimo sin reprenderlo, para que no sea culpable de aborrecerlo en su corazón (Lv. 19:17). Ciertamente, pues, no debería tolerar el pecado en su hijo, a quien, no sólo tiene la obligación de amonestar verbalmente, sino de castigar de verdad.

Tercero: Pero, en primer lugar, debería hacer lo que Dios hizo con nuestros primeros padres: Convencerle de su desnudez (Gn. 3:11-13), es decir, mostrarle la maldad de la mentira, de la protesta, de la ociosidad u otras faltas de las que se le pueda acusar porque son opuestas a la Palabra de Dios y perjudiciales para su propia alma (Pr. 12:22; 8:36) y que él tiene que ser castigado para ser curado de ese mal. Los padres pueden hacerles saber a sus hijos que no se atreven a tolerar que esta maldad permanezca por más tiempo sin corregir, ya que la tardanza puede acabar siendo peligrosa para el paciente si se retiene la vara. La herida puede infectarse y llegar a la gangrena si no se abre con lanceta en su debido tiempo. El amor de una *madre* se manifiesta cuando castiga *a tiempo*, tanto teniendo en cuenta la edad del niño y la falta que ha cometido (Pr. 23:13; 13:24). Si no es demasiado pronto para que el niño peque, no debería creer que es demasiado pronto para que los padres lo corrijan de inmediato, antes de que el pecado se haga fuerte, saque cabeza y eche retoños. Habría que ocuparse del hijo “en tanto que hay esperanza” (Pr. 19:18). La rama sólo se puede enderezar cuando todavía es joven y el pecado se puede mortificar si se corta de raíz. Descubrimos que Dios fue muy severo al señalar las primeras violaciones de sus estatutos, como recoger espigas en Día de reposo y que los hijos de Aarón ofrecieran fuego extraño (Nm. 15:25; Lv. 10:2). Por tanto, los padres deberían poner freno a tiempo a las primeras malas conductas de sus hijos. De ahí que,

Cuarto: Deberían hacerles ver que están decididos, tras una seria deliberación, a no dejarse distraer por el gimoteo y el mal genio de sus hijos poco humildes, y a infligir el debido castigo, ya que el sabio encarga: “Mas no se apresure tu alma para destruirlo” (Pr. 19:18) para que no permanezcan sin temor. Sin embargo, debe hacerse con compasión para que puedan entender que como el Padre celestial se aflige por la aflicción de los suyos, ellos también han de hacerlo en la aflicción de sus hijos. Y así como el Señor lo hace *con medida* (Jer. 30:11 - RVR 1977), aunque no permitirá que se

vayan sin castigo, los padres tampoco (Is. 63:9).

Mi texto limita la corrección para que no exceda la justa proporción desalentando así a los hijos, ya que cada uno tiene un carácter diferente y también faltas distintas, y es necesario considerar estas cosas *para no hacerles soportar más de lo que puedan* (1 Co. 10:13). Por tanto, debería tenerse especial cuidado de que el castigo no sea más que el necesario. Los médicos procuran administrar la dosis que se ajuste a la fuerza del paciente y a la enfermedad que pretenden curar.

Debe haber una consideración lógica a la edad, el sexo y el temperamento del niño, a la naturaleza y las circunstancias de la falta y a la satisfacción ofrecida por el ofensor tras la confesión franca o, posiblemente, la intervención de otro, de manera que el padre ofendido pueda mantener intacta su autoridad, ser victorioso en sus castigos y salir con honor y buenas esperanzas de que el niño se enmiende. Y es que un padre debería estar siempre dispuesto a perdonar y hacerse el de la vista gorda a menudo, ante las faltas más pequeñas —en las que no haya pecado manifiesto alguno contra Dios—, con la confianza de ganar el afecto del niño mediante la ternura y la paciencia, hacia cosas más deseables... Puedes estar seguro de que nuestro Apóstol, tanto en mi texto como en su carta a los efesios, está completamente en contra de cualquier castigo que desaliente y exige moderación.

Tomado de “What Are the Duties of Parents and Children; and How Are They to Be Managed According to Scripture?” (¿Cuáles son los deberes de padres e hijos; y cómo deben ser administrados de acuerdo con las Escrituras?). En *Puritan*

Sermons, tomo 2, (Wheaton, Illinois, Estados Unidos: Richard Owen Roberts, Publishers, 1981), 303-304.

Richard Adams (c. 1626-1698): Ministro presbiteriano inglés que nació en Worrall, Inglaterra.



Nunca des una orden para la cual no pretendas recibir obediencia. No hay forma más eficaz de enseñarle a un niño la desobediencia que dándole órdenes que no tienes la intención de hacer cumplir. El niño se habitúa así, a no respetar a su madre y, en poco tiempo, esta costumbre se vuelve tan fuerte y el desdén del niño por la madre tan confirmado que desatenderá, por igual, las súplicas y las amenazas. —*J. S. C. Abbot*

ESTÍMULO A LAS MADRES

James Cameron (1809-1873)

En ningún ámbito del esfuerzo cristiano son las influencias deprimidas más numerosas que en el que ustedes ocupan como madres pero, bendito sea Dios porque existe una fuente inagotable de todo lo que necesitan para su estímulo y apoyo. Permítanme dirigir su atención, en primer lugar, al hecho alentador siguiente:

La obra a la que están ustedes dedicadas es, directa y preeminentemente, la obra de Dios El gran fin para el cual el universo creado fue llamado a existir y por el que se sostiene de siglo en siglo, es la *manifestación de la gloria divina*. En todo lo que Dios hace o permite que se haga, Él está motivado por esta consideración. Todos los instrumentos —angélicos y humanos, racionales e irracionales, animados e inanimados— sirven para favorecer este gran designio en todos sus actos. La tendencia del funcionamiento que, al parecer, está involucrado en toda la maquinaria del universo, ya sea moral o física, tiene por objeto producir movimiento en esta única dirección. Mediante las provisiones correctivas del evangelio, en la salvación del hombre caído se fomenta este gran fin de manera especial porque: “La multiforme sabiduría de Dios [se da] a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Ef. 3:10).

¿Y por medio de quién se debe levantar una Iglesia redimida de entre los hijos pecadores de los hombres? Por medio de aquellos que, por la gracia de Dios, han sido liberados de la culpa y del poder del pecado, y convertidos en vasijas para honra, santificados, útiles al Señor” (2 Ti. 2:21). Por medio de la acción humana, una multitud que ningún hombre puede numerar, será reunida en el redil del Redentor. ¡Y ustedes son aquellas a quienes Dios ha nombrado para entrenar a aquellos que deben embarcarse en esta gloriosa empresa! ¡A ustedes se les ha encomendado la tarea de moldear y formar a esos agentes humanos por medio de los cuales se debe realizar el gran propósito de Dios de glorificarse a sí mismo para siempre, a la vista de todos los seres inteligentes! En sus manos están los líderes del sentimiento público de la siguiente generación, los Luteros, los Knoxes... los Whitefields, los Wilberforces de una época futura. Están en sus manos y, a través de ellos, ustedes manejan los destinos de millones de seres que aún no han nacido. Ya he hablado de la tremenda responsabilidad de semejante situación; pero existe otra luz bajo la cual también me gustaría que la consideraran.

¡Consideren qué situación tan honorable es que se les haya encomenda-

do la parte más importante de la obra de Dios! Consideren cómo las lleva a estar tan cerca de Dios: El tener en sus manos el entrenamiento, no sólo de sus soldados, sino de aquellos que han de ser los dirigentes de sus ejércitos y conducirlos a la victoria gloriosa, aunque sin derramar sangre. Ustedes ocupan la posición más alta, más noble y más honorable en la que puede situarse un ser humano. No murmuren que están excluidas de los campamentos, de los consejos y de los senados; la suya es una vocación más elevada. Ustedes están directamente ocupadas en esa obra que ha empleado las lenguas, las plumas, el trabajo, el corazón de lo mejor y más sabio del mundo en cada época: La obra para la que vivió la buena comunidad de los profetas, por la que tanto se esforzó la gloriosa compañía de los apóstoles, por la que murió el noble ejército de mártires. Para ser testigos del progreso de esta obra, los ángeles se encorvan desde sus tronos exaltados y observan, con el más intenso interés, el desarrollo de cada plan, de cada principio y el cumplimiento de cada acontecimiento que incide en ello.

Para fomentar esta obra, el Hijo del Altísimo dejó el trono del cielo y se convirtió en un peregrino en la tierra¹, se sometió al reproche y a la burla de los hombres, a la angustia y al oprobio de la cruz. Para esto, el Padre y el Hijo enviaron también al Espíritu divino. En resumen, ésta es la obra para cuya promoción se han desplegado y se siguen desplegando continuamente, las más nobles energías del cielo y de la tierra. Comparados con esto, los fugaces intereses del tiempo se reducen a una mota. ¿Pero cómo obtener estímulo de tales consideraciones? Es muy obvio; por ejemplo, así: Si están ustedes involucradas en una obra que Dios tiene más en mente (por así decirlo) que cualquier otra cosa en el universo porque de esa forma se manifestará su propia gloria de un modo más abundante, ¿pueden ustedes suponer por un momento que Él las dejará esforzarse duramente en esa obra, de forma desapercibida y desamparadas? Semejante suposición es irreverente hacia Dios y absurda por igual. Admitirlo sería desacreditar la sabiduría y la bondad divinas.

En una conexión inmediata pues y teniendo en consideración que en lo que ustedes están involucradas es en la obra de Dios, consideren en segundo lugar, lo siguiente: ***Que Dios siempre está deseoso de concederles la fuerza y la sabiduría que necesitan para el desempeño exitoso de sus importantes deberes*** Él está siempre sentado en el trono de gracia, preparado para dispensar bendiciones, incontables y ricas, a todo aquel que las pida. Su oído no se aparta nunca del clamor del necesitado que suplica. ¡Qué fondo de aliento inagotable representa esta verdad! En el momento en que su corazón esté abrumado, acudan a la Roca que es más alta que ustedes (Sal.

¹ Ver Portavoz de la Gracia N° 14: *La persona de Cristo*, disponible en CHAPEL LIBRARY.

61:2). Con la confianza del amor filial, echen su carga sobre el Señor, con la seguridad de que Él las sustentará. Él no puede decepcionar las expectativas que su propia Palabra les enseña a apreciar. Él será su Instructor, su Consejero, su Guía, su Consolador, su Refugio, su Fortaleza, su Sol y su Escudo. ¿Sienten que carecen de fuerza? *Vayan a Dios*. Él es el Todopoderoso en Quien mora toda la fuerza. ¿Sienten que les falta sabiduría? *Vayan a Dios*. Él es el “único y sabio Dios” (1 Ti. 1:17) y de su sabiduría, “[Él] da a todos abundantemente y sin reproche” (Stg. 1:5). ¿Sienten que carecen de paciencia? *Acudan a Dios*. Él es “el Dios de la paciencia” (Ro. 15:5). ¿Sienten que corren el peligro de desmayar por el camino? *Vayan a Dios*. “Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas” (Is. 40:29). En resumen, ¿se sienten abatidas bajo un sentido de insuficiencia e indignidad? *Acudan a Dios*. La suficiencia que ustedes necesitan está en Él (2 Co. 3:5). “Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra” (2 Co. 9:8). En todas las generaciones, Él ha sido la morada de su pueblo, un refugio en el día de la aflicción, sostén y apoyo en tiempo de angustia.

Escuchen los dulces compases del dulce cantor de Israel, quien probó a menudo la fidelidad de Dios a sus promesas: “Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre. Busqué a Jehová, y él me oyó, y me libró de todos mis temores. Los que miraron a él fueron alumbrados, y sus rostros no fueron avergonzados. Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias. El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende. Gustad, y ved que es bueno Jehová; dichoso el hombre que confía en él (Sal. 34:3-8). Pueden obtener gran estímulo al considerar que *miles de madres cristianas han probado la fidelidad de Dios a su promesa y han tenido la felicidad de ser testigos del éxito de sus esfuerzos en la conversión de su descendencia*. La historia de la Iglesia de Dios está llena de ejemplos sobre el presente asunto. Consideremos uno o dos.

El caso de San Agustín²... es uno impresionante. Fue uno de los adornos más resplandecientes del cristianismo en la última parte del siglo IV y principios del V. Sin embargo, hasta sus veintiocho años vivió en pecado. De su extraordinaria obra *Confesiones*³ que escribió tras su conversión, nos enteramos de que se liberó de todo lo que lo ataba y se entregó “a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza” (Ef. 4:19). Sin embargo, tenía una madre piadosa y, en medio de sus idas y venidas, las lágrimas

² **San Agustín de Hipona** (354-430) – Teólogo y obispo de Hippo Regius en África del Norte.

³ *Confesiones* – En el sentido moderno de la palabra, las *Confesiones* de San Agustín, escritas entre los años 397 y 401 d.C., representan la primera autobiografía que se haya escrito jamás. Su frase más famosa es la siguiente: “Nuestros corazones no tienen reposo hasta que encuentran su reposo en ti”.

y las oraciones se elevaban como memorial delante de Dios. Por fin, su clamor fue escuchado y llegó la respuesta. De labios de su propio hijo, un día recibió las alegres noticias de su conversión a Dios y la voz de lamento se transformó en cántico de alabanza. No mucho después, mientras viajaban juntos, ella dijo: “Hijo mío, ya no me queda nada que hacer aquí. El único motivo por el que deseaba vivir era tu conversión y el Señor me la ha concedido ahora de un modo abundante”. Cinco días después, enfermó de fiebre y, en unos pocos días, su espíritu voló a esa dichosa región donde todas las lágrimas son enjugadas para siempre. Y el hijo por el que había derramado tantas lágrimas y susurrado tantas oraciones, vivió para ser la admiración de su época y el medio de conversión para millares de sus congéneres.

El eminente siervo de Cristo, John Newton⁴, fue hijo de una madre que oraba mucho! Incluso en la peor época de su vida, tan profano y disoluto⁵ como era, la influencia de los piadosos consejos que recibió en su infancia jamás fue destruida. Él mismo dejó constancia escrita de que, en medio de la impiedad más atrevida, el recuerdo de las oraciones de su madre, lo obsesionaba continuamente. En ocasiones, esas impresiones eran tan fuertes que “casi podía sentir la suave mano de su madre sobre su cabeza, como cuando ella solía arrodillarse junto a él, al principio de su niñez, y suplicaba la bendición de Dios sobre su alma”. No hay razón para dudar de que estas impresiones, recibidas en la infancia y que mantenían aferrado el espíritu en la vida [posterior], estaban entre los medios principales por medio de los cuales se detuvo su carrera de pecado y se convirtió en un celoso y exitoso propagador del evangelio que durante tanto tiempo había despreciado.

Un fiel y celoso ministro de Cristo le escribió a un amigo el siguiente relato sobre sí mismo: “¡Ah!, Señor mío, usted sabe muy poco de mis obligaciones para con la gracia todopoderosa y el amor redentor. Recuerdo consternado y lleno de horror el tiempo en el que yo estaba a la vanguardia de la impiedad... Aun ahora, mi corazón sangra al pensar en las noches en que, furioso por la embriaguez, regresaba junto a mi tierna madre, entre las dos y las tres de la madrugada, abría la ventana de golpe, vertía un torrente de insultos y me hundía en la cama, como un monstruo de iniquidad. A la mañana siguiente, me despertaba una voz triste, ahogada por profundos sollozos y lágrimas. Escuchaba y, para mi asombro inexpresable, descubría que era mi madre, que derramaba su alma en este lenguaje: ‘¡Oh Señor! ¡Ten misericordia, misericordia, misericordia de mi pobre hi-

⁴ **John Newton** (1725-1807) – Ministro anglicano, autor de “*Sublime gracia*” y muchos otros himnos.

⁵ **Disoluto** – Que se entrega a los placeres de la carne.

¡oh! Señor, no quiero, no puedo abandonarlo; sigue siendo mi niño. Estoy segura de que no está aún fuera del alcance de tu misericordia. Oh, Señor, escucha, escucha, te lo suplico, las oraciones de una madre. Perdona, oh perdona, al hijo de su vejez. “¡Oh, hijo mío Absalón, Absalón, hijo mío, hijo mío!” (2 S. 19:4).’ ¡Sí! Preciosa madre, tus oraciones han sido contestadas y tu hijo —tu hijo inútil y culpable— sigue viviendo como monumento de gracia sin fin e incomprensible misericordia”...Permitan que un hecho más sea suficiente. Es uno que dice mucho en prueba de nuestra posición. Se inició una investigación en seis seminarios teológicos de los Estados Unidos, que pertenecían a tres denominaciones distintas de cristianos, mediante la cual se determinó que de quinientos siete estudiantes que estaban siendo educados para el ministerio, no menos de cuatrocientos veintiocho eran hijos de madres que oraban.

¡Madres cristianas! ¡Sean valientes! Están rodeadas de una gran nube de testigos: Testigos de la fidelidad de la promesa de Dios, testigos del poder de la oración con fe, testigos de la eficacia de una instrucción en la fe sana. Sigán adelante en su obra, con santa confianza. Grandes y muchas son, ciertamente, sus dificultades, ¡pero mayor es el que está con ustedes que todo lo que pueda estar en su contra! “Confíad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos” (Is. 26:4). A su tiempo segarán, si no desmayan (Gá. 6:9). Que el Señor les conceda gracia para ser fieles y que puedan, al final, tener la indecible felicidad de entrar, junto con todos los que han sido encomendados a su cuidado, en el lugar santo celestial, para celebrar allí por siempre la alabanza del amor redentor y servir a Dios sin cesar, día y noche.

Tomado de *Three Lectures to Christian Mothers* (Tres conferencias para madres cristianas).



¿Qué es un hijo sino una parte de ti mismo envuelta en otra piel? — *John Flavel*

Recuerdo que San Agustín escribe sobre su madre Mónica, diciendo que plantó los preceptos de la vida en su mente con sus palabras, los regó con sus lágrimas y los nutrió con su ejemplo. Un precioso patrón para todas las madres. — *John Flavel*

UN LLAMADO DEL EVANGELIO A LAS MADRES

James Cameron (1809-1873)

*“Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra,
porque yo soy Dios, y no hay más”. —Isaías 45:22*

He dirigido estos artículos a las madres cristianas; pero como también los podrían examinar otras que no son cristianas, siento que no puedo permitir que vayan a la prensa sin añadir unas cuantas palabras para todas las que puedan leerlos y que no cuenten con el testimonio del Espíritu de Dios a su espíritu de que son hijas de Dios (Ro. 8:16). ¡Lectora! *¿Eres una hija de Dios?* No respondas a esta pregunta de forma precipitada. Millares de personas creen que lo son y, al final, descubren que han estado equivocadas. La Palabra de Dios nos enseña que los hombres no sólo pueden vivir engañados, sino también morir engañados, y se echan flores ellos mismos diciendo que todo está bien y no descubren su equivocación hasta que abren sus ojos en el lugar de los lamentos.¹ ¡Oh, que no te resulte extraño, pues, que te instemos a que lo averigües! “¿Eres hija de Dios?”. Medita sobre esta solemne pregunta. Mantenla delante de ti. Y recuerda que no eres hija de Dios, a menos que tu corazón y tu vida hayan cambiado por creer en la verdad, tal como está en Jesús (Ef. 4:21).

¿Cuál es, pues, el estado de tu corazón? ¿Está establecido en las insignificancias, las vanidades, las búsquedas de la vida presente? ¿O está puesto en “las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Col. 3:1)? ¿Es éste la morada de pasiones impías? ¿O es el templo del Espíritu Santo, lleno de paz, amor y gozo santo? ¿Cuál es el estado de tu vida?

¿Estás viviendo según lo que ven tus propios ojos, “siguiendo la corriente de este mundo” (Ef. 2:2)? ¿O estás adornando las doctrinas de Dios el Salvador mediante un comportamiento que es consecuente con el evangelio, presentando el fruto de justicia y guardándote sin mancha del mundo (Stg. 1:27)? ¡Oh, *no te dejes engañar!* Si no has cambiado en tu corazón y en tu vida, *no* eres una hija de Dios. Y hasta que [tu creencia en] la verdad no produzca estos cambios, estás “en hiel de amargura y en prisión de maldad” (Hch. 8:23). Tu observancia externa de las formas de religión no puede salvarte. Tu personalidad amable no puede salvarte. Tu moralidad

¹ Ver FGB 211, *Hell*, en inglés (El infierno), disponible en CHAPEL LIBRARY.

mundana no puede salvarte. Tus obras de beneficencia no pueden salvarte. Con todo esto, puedes encontrarte con las puertas del cielo cerradas ante ti y [estar en] “hiel de amargura y en prisión de maldad” (Hch. 8:23). ¿Vacilas a la hora de creer esto? ¿Dices: “¡Qué dicho tan duro!”? ¡Ah, lectora! Si fuera meramente un dicho mío, sería poca cosa; pero es el dicho de Aquel por Quien tienes que ser juzgada: “El que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3).

Estas son las palabras del “testigo fiel y verdadero” (Ap. 3:14) y el cielo y la tierra pasarán antes de que una palabra suya caiga al suelo. ¡Oh no apartes de ti la solemne impresión de que estas palabras están capacitadas para producir, diciendo que Dios es misericordioso y que, quizás, después de todo puede permitir que escapes! Yo sé, y me regocijo sabiéndolo, que Dios es misericordioso, *infinitamente misericordioso*. De no ser así, tú y yo estaríamos ya encerrados, desde hace mucho tiempo, en la prisión de la desesperación, sin un solo rayo de esperanza que ilumine la negrura de la oscuridad. Pero también sé que Dios es veraz, en la misma medida que es misericordioso, y que su misericordia no puede ejercerse de tal manera que destruya su verdad. Por infinita que sea su misericordia, no puede ejercerse hacia aquellos que apartan de sí *“la palabra verdadera del evangelio”* (Col. 1:5) y es que esto sería falsificar su propia declaración expresa. Su misericordia se exhibe ahora ante ti en su Palabra. ¡Su misericordia ha provisto una expiación por el pecado, por medio del cual puedes *ahora* ser salva! Su misericordia está poniendo delante de ti esta expiación como la razón de la esperanza. Sin embargo, si “[descuidas] una salvación tan grande” (He. 2:3), entonces, cuando se aplique el hacha a la raíz del árbol y seas cortada —en lo que a ti respecta—, su misericordia cesará para siempre. Quedarás a merced de experimentar el temible efecto de la misericordia despreciada y de la justicia ejecutada. Si preguntas: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” (Hch. 16:30). Bendito sea Dios porque la respuesta está a la mano: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hch. 16:31)... El Señor mismo proveyó el Cordero para la ofrenda. “Cargó en él el pecado de todos nosotros” (Is. 53:6). “Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados” (Is. 53:5). “He aquí —pues— el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). Ven al Padre, por medio del Hijo, y no serás echado fuera (Jn. 6:37).

¡La única obra por la cual puedes ser salva ya ha sido realizada! ¡Jesús ha acabado con la transgresión, ha puesto fin a los pecados y ha proporcionado la justicia eterna (Dn. 9:24)! Ha abierto el camino de acceso para ti hasta el trono de la misericordia de Dios y ahora puedes contemplar al Dios, a Quien has ofendido, sentado en ese trono de misericordia, dispensando perdón y vida. Puedes oír su amable voz llamando; sí, suplicándote y rogándote que vengas a Él para que tu alma pueda vivir (Mt. 11:28-30).

Echa tu alma, llena de culpa como está, sobre la obra acabada de Emanuel (Is. 7:14) y no serás rechazada. No pienses que tienes algo que hacer para encomendarte a su favor, antes de poder creer en “aquel que justifica² al impío” (Ro. 4:5). No intentes hacerte digno de aceptación. No traigas precio en tu mano. Dios no hará de las bendiciones de la salvación una mercadería. Como Dios, dará gratuitamente la vida eterna o no la dará en absoluto. Y tú debes recibirla gratuitamente como una pecadora culpable y condenada, sin reclamación que hacerle a Dios; o no la recibirás en absoluto. ¿No son estas sus propias palabras misericordiosas? “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio” (Is. 55:1). Ya no preguntes más, pues, “¿Con qué me presentaré ante Jehová?” (Mi. 6:6) porque, “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Ro. 10:8-10).

Tomado de *Three Lectures to Christian Mothers* (Tres conferencias para las madres cristianas).



La madre de Jesús tuvo una fe muy firme y práctica en su Hijo, respecto a aquel de quien los ángeles y los profetas le habían dado testimonio. Le había visto durante su infancia y le había observado como niño; y no sería nada fácil creer en la divinidad de alguien a quien has sostenido en brazos siendo un bebé para alimentarlo de tus pechos. Desde su maravilloso nacimiento, ella creyó en Él.

— *Charles Haddon Spurgeon*

² **Justifica** – Lo declara justo. “La justificación es una obra de la gracia gratuita de Dios por medio de la cual Él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos delante de Él, sólo por la justicia de Cristo imputada a nuestro favor y la cual recibimos solo por la fe” (*Catecismo de Spurgeon*, pregunta 32). Ver Portavoz de la Gracia N° 4: *La justificación* y Portavoz de la Gracia N° 7: *Justicia imputada*, disponibles de CHAPEL LIBRARY.

IGLESIA Y MATERNIDAD

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

En las Escrituras, a la Iglesia de Dios se le llama madre. ¿Cuál es el cometido de una madre? ¿Cuál es el deber de una madre? Tiene que alimentar a su propio hijo de su propio pecho. Pierde un gran deleite e inflige un grave perjuicio a su retoño cuando, teniendo la capacidad, carece del afecto que la obligaría a alimentar a su propia criatura de las fuentes que Dios mismo ha abierto. Y, como la Iglesia de Cristo es una madre, carecerá del mayor gozo y perderá su más dulce privilegio, a menos que ella misma forme a sus propios hijos y les proporcione la leche no adulterada de la Palabra.¹ Ella no tiene derecho de ponerles a sus hijos un ama de crianza. ¿Cómo la amarán? ¿Qué afecto sentirán por ella? El trabajo de la madre consiste en formar y enseñar a su hijo mientras crece. Que sea ella quien le enseñe las primeras letras del abecedario; que él reúna su primer conocimiento de Cristo de los labios de su madre. ¿Quién está más preparada para enseñarle que ella, que lo ha traído al mundo? Nadie puede enseñar de una forma tan dulce ni tan eficaz como ella. Que no le deje a otra persona la formación de su hijo. ¿Y por qué deberíamos nosotros, la Iglesia de Cristo, ceder a nuestros hijos para que sean formados y enseñados por otros, cuando fuimos los primeros en enseñarles a hablar en el nombre de Cristo? No, por todo el sentimiento maternal que permanece en el regazo de la Iglesia de Cristo, veamos a sus hijos criados sobre sus propias rodillas y mecidos en su seno, y que no le ceda la tarea de formar a sus hijos e hijas a otros. ¿Quién tan idónea como la madre de familia para inspirar a su hijo con santo entusiasmo cuando por fin éste progresa en la batalla de la vida? ¿Quién le dará el afectuoso consejo? ¿Quién le dará la palabra esperanzadora que lo sostendrá en la hora de la dificultad, sino la madre, a la que ama? Y que la Iglesia de Dios, cuando sus jóvenes salgan a sus batallas, le ponga su mano sobre los hombros y le diga: “Sé fuerte, joven, sé fuerte; no deshonres a la madre que te trajo al mundo; ve adelante y, como el hijo de una madre espartana, no regreses si no es en gloria... Vuelve con tu escudo o encima de él, héroe o mártir”. ¿Quién puede pronunciar mejor las palabras y cantar en casa con tanto poder, como la madre a su hijo o la Iglesia a su hijo? La Iglesia no tiene, pues, derecho de delegar en otro su propia obra. Que dé a luz sus propios hijos; que los críe;

¹ Spurgeon se refiere principalmente a la iglesia local en su función de entrenar a sus hombres para el ministerio del evangelio, pero también incluye unos principios generales que se pueden aplicar a todos los miembros de una iglesia.

que los eduque; que los envíe a hacer la obra del Señor.

Tomado de un sermón que se predicó el domingo por la mañana, el día 19 de mayo de 1861 en el Tabernáculo Metropolitano, en Newington, Inglaterra.

Charles Haddon Spurgeon (1834-1892): Predicador bautista inglés influyente.



El poder moral más fuerte en todo el mundo es el que la madre
tiene sobre su pequeño hijo. — *Adolphe Monod*